

Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos
Carlos Alonso Zaldívar

La opción que tomó el gobierno español al alinearse con Estados Unidos en la invasión de Irak le ha llevado a actuar en contra de la opinión de más del 80% de los españoles. Como veremos, este comportamiento inhabitual hunde sus raíces en la acusada disparidad de valoraciones sobre la política exterior de la administración Bush que existe en España. Mientras una minoría de españoles, en la que se incluye el presidente Aznar y su gobierno, la defienden, la gran mayoría de los españoles la rechazan. La guerra de Irak ya ha pasado, pero está en curso una postguerra caótica y cruenta que va para largo. España deberá continuar manteniendo relaciones con Estados Unidos y la cuestión es si lo hará prolongando el profundo desencuentro entre gobierno y opinión pública surgido en los primeros meses de 2003.

Para que no sea así, o la mayoría de la opinión pública española va cambiando su percepción de la política exterior de Estados Unidos, o el gobierno español rectifica su actitud respecto a esa política, tomando más en consideración lo que opinan los españoles, o Estados Unidos corrige una política que le ha llevado a enajenarse a la opinión pública de muchos países, entre ellos España, u ocurre una mezcla de esas cosas. Éste es un asunto importante porque, por bueno que sea el entendimiento con el gobierno estadounidense, mientras la actitud del gobierno español sea rechazada por la mayoría de los españoles, España se encontrará en una posición de debilidad ante Estados Unidos y el gobierno de Washington no podrá confiar en el de Madrid.

Ésta es la cuestión que motiva el presente trabajo, aunque no entraré a analizar la política de uno y otro gobierno ni a especular sobre sus posibles cambios. Las páginas que siguen están centradas en la tercera variable, las percepciones entre españoles y estadounidenses. Una variable que, si no de inmediato, a más largo plazo dejará sentir su influencia en la actitud del gobierno español. En este trabajo comenzaré recuperando las conclusiones cualitativas de un análisis sobre percepciones entre españoles y estadounidenses que llevé a cabo años atrás¹, para después contrastar esas conclusiones con los datos que a este respecto ofrecen una serie de estudios cuantitativos recientes². Esto mostrará su vigencia u obsolescencia y ofrecerá indicaciones sobre el grado de realismo de cualquier política que para asentarse

¹ Carlos Alonso Zaldívar, *España y Estados Unidos*, Anuario CIDOB 1989.

² Estos estudios son el Informe INCIPE 2003 y los Barómetros del Real Instituto Elcano de diciembre 2002 y marzo 2003.

sólidamente requiera un cambio profundo en las percepciones entre españoles y estadounidenses.

Percepciones y política exterior

El “realismo” es una filosofía de las relaciones internacionales que se caracteriza por suponer que éstas responden a realidades que, aunque no ajenas a los humanos, sobrepasan habitualmente sus voluntades. El realismo se contrapone al “idealismo”, que supone que las relaciones internacionales pueden ser libremente determinadas por la voluntad de los gobiernos y, en última instancia, de los pueblos y reguladas por el Derecho Internacional. Para los realistas, el concepto clave en materia de relaciones internacionales es el poder de los Estados, mientras que el Derecho Internacional importa poco. Consideran que este Derecho, o bien es casi una ficción, ya que no cuenta con medios coercitivos que lo hagan valer, o es un conjunto de normas que se limitan a dar forma jurídica al equilibrio de poder existente en cada momento entre los Estados.

Sin ser realista, se puede coincidir con los realistas en que en la vida internacional no se puede entender nada dejando de tomar en consideración las relaciones de poder. Sin ser tampoco idealista, se puede coincidir con los idealistas en que tanto las opiniones públicas como el Derecho Internacional no pueden ser ignorados a la hora de definir la política exterior de un país. Así surge una visión de las relaciones internacionales que toma en consideración la interrelación de tres elementos: el poder, el orden (o derecho) y las percepciones.

El poder de un Estado es la capacidad que muestra para lograr que otros Estados, y los restantes sujetos de la vida internacional, ajusten su comportamiento a lo que ese Estado desea. El poder es resultado de una combinación de factores más o menos objetivables (posición geográfica, recursos naturales, población, cohesión social, liderazgo político, nivel tecnológico e industrial y capacidad militar) y se ejerce con una variedad de formas que van desde la persuasión y la incentivación hasta la coerción mediante la amenaza de la fuerza o el recurso efectivo a ella.

El orden no es otra cosa que la aplicación del Derecho Internacional existente, una aplicación que es difícil, ya que el Derecho Internacional, a diferencia de los Derechos nacionales, no cuenta con instrumentos coercitivos propios para hacerse efectivo. Pero el Derecho Internacional tampoco puede ser ignorado por los Estados de manera permanente y gratuita, aunque sólo sea porque, en condiciones normales, es el Derecho Internacional el que ordena la mayor parte de los flujos internacionales (comerciales, financieros, diplomáticos, culturales y de ayuda al desarrollo).

Las percepciones son las ideas dominantes en cada sociedad sobre el papel que su país juega y debe jugar en el mundo, así como sobre el papel que juegan otros países. Las percepciones son un producto cultural, resultado de las creencias y experiencias de cada pueblo y de la influencia de los medios de comunicación. Un país, para definir su línea de actuación internacional, tiene que ponderar la importancia que en una situación dada tienen para él los factores de poder y los factores de orden, es decir, debe evaluar en qué medida le conviene apoyarse en el derecho y en qué medida puede interesarle plantear las cosas de otro modo, incluyendo si fuera necesario, el recurso a la fuerza. Este balance nunca es fácil de hacer y, por mucho que se afine, muchas veces no resulta nítido, pues, a fin de cuentas, el juicio de un país sobre otro debe tomar en consideración, no solo sus capacidades, sino también sus intenciones, y esto es una cuestión de percepciones. De aquí que sea frecuente que las percepciones terminen inclinando la balanza. Así pues, en las relaciones entre países las percepciones son importantes siempre y algunas veces resultan ser decisivas. Así ocurre ahora entre España y Estados Unidos. Pero antes de entrar en ello diré algo

más sobre cómo se forman y evolucionan las percepciones en general.

Todo país tiene unas experiencias históricas propias que transmitidas a sus ciudadanos con más o menos rigor terminan conformando una serie de creencias ampliamente compartidas por estos. Esos mismos ciudadanos se desenvuelven en unas condiciones de vida que conforman sus vivencias, si bien estas vivencias no son iguales, ni mucho menos, para todos ellos. En un orden todavía más abstracto, todo país, para hacer posible la convivencia de sus gentes, promueve unos valores, es decir, unas reglas éticas o morales derivadas de una narrativa filosófica o/y religiosa. Finalmente, a través de los medios de comunicación, los ciudadanos están expuestos a diario a explicaciones estereotipadas sobre lo que ocurre en su comunidad y en otras comunidades humanas. Esta mezcla de creencias, vivencias, valores y estereotipos, en definitiva de ideas, da lugar a una variedad de concepciones entre los ciudadanos de cada país, concepciones cuya diversidad puede ser mayor o menor según los países y los momentos históricos.

Para mantener la cohesión de una sociedad, su sistema político debe procesar el conflicto y el acuerdo entre las diversas concepciones existentes entre sus miembros hasta llegar a producir unas ideas dominantes, es decir compartidas por una gran mayoría. Éstas son las que llamo percepciones y entre las más importantes se cuentan la definición de los intereses nacionales, la identificación de países amigos y adversarios y la evaluación de riesgos y oportunidades ante una determinada circunstancia. La generación de estas percepciones constituye un proceso complejo y no fácil de desentrañar pero tan importante para la vida de un país como procurarse los alimentos que consumen sus ciudadanos³. Una de las cosas que muestran esos estudios es que las percepciones son resistentes al cambio, lo que hace que su lógica prevalezca a veces sobre la lógica de los intereses durante periodos prolongados. Como se ha escrito, las imágenes de los países “es lo que queda vivo de la historia de los pueblos, y por ello forman parte de las culturas nacionales en las que viven en sus más diversas manifestaciones (relatos, chistes, libros de texto, canciones infantiles, etc.)”⁴.

Los posos de la historia

Estados Unidos visto por España

En este apartado se da cuenta del origen y naturaleza de las percepciones de Estados Unidos que se encontraban más extendidas entre los españoles al final de la dictadura franquista.

Un largo siglo de enemistad abierta

En 1988, Manuel Azcárate⁵ publicó un trabajo sobre las percepciones españolas de Estados Unidos cuyas conclusiones conservan gran interés. Lo primero que destaca ese trabajo es que prácticamente durante todo el siglo XIX las relaciones de España con Estados Unidos fueron muy conflictivas y que la mayoría de los españoles de la época percibieron a Estados Unidos como a un país enemigo.

³ Pese a la dificultad que conlleva, hay estudios depurados sobre la formación de algunas percepciones. Por sólo hacer referencia a tres de ellos, citaré los trabajos de Noam Chomsky sobre el papel de los grandes medios de comunicación en la elaboración del consenso nacional sobre la política exterior en Estados Unidos, el estudio *L'ennemie américain* que ha publicado recientemente Phillipe Roger sobre el antiamericanismo francés, o el ya clásico *Orientalism* de Edward W. Said, por lo que se refiere a la percepción occidental del mundo árabe.

⁴ Javier Noya, *La imagen de España en el exterior. Estado de la cuestión*, 2002, Real Instituto Elcano p. 8

⁵ Manuel Azcárate, “*La percepción española de Estados Unidos*”, *Leviatán*, n. 33, otoño 1988.

Para apreciar esta idea hay que mirar atrás en la historia y recordar que el objetivo central de la política exterior de España en el siglo XVIII fue resarcirse de la Paz de Utrecht (y muy especialmente recuperar Gibraltar) y que fue eso, y no la simpatía por los colonos independentistas y revolucionarios de New England, lo que movió a Carlos III a apoyarles. El Conde de Aranda, al referirse al Tratado de París (1783) no pudo ser más claro: “Acabo de ajustar y firmar un tratado de paz con Inglaterra. En él ha quedado reconocida la independencia de las colonias inglesas, lo cual es para mi un motivo de dolor, de pesadumbre y de recelo”⁶. Siendo ésta la visión de uno de nuestros más preclaros ilustrados, se comprende por qué George Washington no tuvo a su lado ningún Lafayette español. Dolor, pesadumbre y recelo son palabras fuertes, pero no eran una concesión a la retórica. Refiriéndose a la nueva potencia que surgía en el continente americano, el Conde de Aranda dice: “Esta república federal nació pigmeo... y ha necesitado el apoyo y la fuerza de dos Estados poderosos como España y Francia para conseguir la independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aún coloso temible en aquellas regiones. Entones olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias y solo pensará en su engrandecimiento... Aspirará a la conquista de este vasto Imperio [el español en América] que no podemos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente...”⁷.

En efecto, la aparición de la gran democracia estadounidense planteaba un doble problema a España: amenazaba la integridad territorial de las posesiones españolas contiguas en América del Norte y estimulaba el independentismo en los territorios de América del Centro y América del Sur. Para hacer frente a estos retos el Conde de Aranda propuso un proyecto no menos atrevido: crear tres reinos independientes en las tierras españolas en América que se extendían entonces desde Oregon hasta el estrecho de Magallanes. Esas nuevas monarquías serían amigas de España y estarían en mejores condiciones -políticas y militares- para defender su integridad territorial frente a la nueva república. Tanto Carlos III como Carlos IV rechazaron la idea y los pesimistas pronósticos de Aranda pronto comenzaron a hacerse realidad. Cuarenta años después del Tratado de París, en 1823, España ya había tenido que ceder a Estados Unidos más de la mitad del espacio que controlaba en el Norte del continente, el resto de éste también había dejado de ser español pues ya formaba parte de la república de México, y en los virreinos de Centro y Sudamérica se habían constituido las nuevas naciones latinoamericanas con las que España guerreaba e Inglaterra comerciaba provechosamente. Bajo control español sólo permanecían Puerto Rico y Cuba.

Respecto a esta última, John Quincy Adams, el más notable Secretario de Estado que ha tenido Estados Unidos, da las siguientes instrucciones a su ministro en España: “Al igual que de gravitación física también hay leyes de gravitación política; y si una manzana separada de su árbol nativo por la tempestad no puede más que caer al suelo, Cuba, separada forzosamente de su no natural conexión con España, e incapaz de autosostenerse, solamente puede gravitar hacia la Unión Norteamericana, la cual por la misma ley de la naturaleza no puede arrojarla de su seno”⁸. Tendrían que pasar todavía algunos decenios para que la “Ley de Adams” dejara sentir sus efectos, lo que terminó ocurriendo en 1898, aunque no de la manera natural y armónica que sugiere el texto del gran político estadounidense. Más bien al contrario, tuvo lugar mediante

⁶ Citado por Carlos Seco Serrano en “Política Exterior”, contribución al Catálogo de la exposición *Carlos III y la Ilustración*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988, p. 119.

⁷ Citado por Javier Malagón, “España en los Estados Unidos”, en *Encuentro con América*, Herder, Barcelona, 1988.

⁸ *Writings of Adams*, ed. Ford, VII, pp. 372-373

una guerra que puso un colofón especialmente amargo a un siglo de conflictivas relaciones entre España y Estados Unidos.

Una experiencia amarga: la guerra de 1898

La política de Madrid hacia Cuba se caracterizó durante decenios por la negativa total a toda concesión de autonomía, por el mantenimiento de la esclavitud y por la respuesta militar a toda disidencia. Cuando estalló la revolución de 1895, el gobierno español envió 150.000 soldados a las órdenes del general Weyler quien promovió una represión tan espantosa (ha pasado a la historia como el “carnicero”) como ineficaz para detener la rebelión. Sólo en 1897 Madrid cambió de actitud, retiró a Weyler y comenzó a hablar de autonomía. Pero a fin de año la revolución alcanzó La Habana y el presidente de Estados Unidos, McKinley, envió el navío Maine so pretexto de proteger a la población y las propiedades americanas. El 15 de febrero, el Maine hizo explosión en el puerto de La Habana y murieron más de 250 marinos estadounidenses.

¿Quién destruyó el Maine? El New York Journal del 17 de febrero de 1898 hacía esta pregunta y la respondía a toda página: Naval officers think the Maine was destroyed by a Spanish mine. En 1976, una investigación sistemática sobre la tragedia arrojó la conclusión de que el navío, probablemente, había sido destruido por una explosión interna de la sala de máquinas y no por algún tipo de dispositivo externo colocado por agentes españoles⁹. Esto se dijo en 1976, pero en 1898 el tono de la prensa estadounidense fue muy distinto. Era un momento en el que los grandes del negocio de la prensa, William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, usando las nuevas posibilidades técnicas, habían reducido drásticamente los precios de los diarios y competían desaforadamente para ganar un mercado de masas. El recurso más rentable era llenar las primeras páginas de noticias sensacionales. La rebelión de Cuba las suministraba, pero todavía más sensacional que eso sería una guerra con España.

Esto no significa que McKinley y el Congreso estadounidense se dejaran llevar a la guerra por la prensa amarilla. Se ha escrito que “el presidente no quería la guerra. Pero quería los resultados que sólo la guerra podía ofrecerle”¹⁰. En efecto, McKinley quería proteger las propiedades estadounidenses en Cuba y restaurar la confianza entre los hombres de negocios que comerciaban con la isla; quería detener el proceso revolucionario cubano antes de que girara demasiado a la izquierda y antes de que la advertencia de Martí –“Una vez que los Estados Unidos estén en Cuba, ¿quién va a sacarlos?”- se tomara en serio; quería resolver el tema cubano para estar en mejores condiciones de atender la crisis que atravesaba la política de “puertas abiertas” en China, pues en ello estaba en juego el comercio estadounidense con Extremo Oriente, y nada mejor para defender los intereses de Estados Unidos en esa región que disponer de bases militares en Filipinas, donde también había una sublevación contra España; de hecho, McKinley dio instrucciones al almirante Dewey de atacar Filipinas en caso de guerra con España; y, en fin, también necesitaba defender al partido republicano de las críticas de cobardía en la defensa de los intereses estadounidenses en Cuba y en China que le lanzaban los demócratas. A finales de marzo, McKinley reclamó a España una indemnización por el Maine, que declarase la paz con los cubanos insurgentes y que negociara la independencia de Cuba con la mediación de Estados Unidos. España aceptó todas las condiciones menos la última. El 11 de abril, McKinley pidió al Congreso que declarara la guerra a España porque la lucha en la isla ponía en peligro vidas cubanas, propiedades estadounidenses y la tranquilidad de Estados Unidos. Ni una palabra sobre la independencia de Cuba.

⁹ *Washington Post*, 21 julio 1983, p.A23

¹⁰ Walter LaFeber, *The American Age*, WW Norton, 1989, p. 190

Pero retornemos al tema de las percepciones. Tras un siglo en el que Estados Unidos se apoderó pieza a pieza de todo el imperio español en América del Norte y el Caribe, y gobernando en España unas clases dirigentes que se situaban en las antípodas del modelo político y religioso estadounidense –república, democracia, tolerancia-, es fácil concluir que durante el siglo XIX los sectores conservadores españoles fueron enemigos de Estados Unidos y que esa actitud marcó la cultura dominante en el país y las percepciones de la gran mayoría de los españoles. La guerra del 98, considerada en Washington A splendid little war, consolidó ese sentimiento, empujando a España a un aislamiento impotente y resignado del que nos queda recuerdo en la frase “Más se perdió en Cuba”.

Una ilustre minoría de amigos de Estados Unidos

Así pues, a finales del XIX, Estados Unidos aparecía como un país enemigo para la mayoría de los españoles, pero no para todos los españoles. Azcárate aporta una segunda idea que matiza de forma muy interesante la anterior. Sostiene que una minoría de españoles no participó de la percepción negativa dominante ya que, en su visión de Estados Unidos, el atractivo de su régimen político y jurídico –ausencia de aristocracia, república, democracia, tolerancia religiosa, costumbres sociales más llanas, etc.- pesaba más que el conflicto colonial. ¿Quiénes formaban esa minoría?

La formaban sectores liberales, democráticos y progresistas de la sociedad española del XIX. Los amigos y admiradores de Estados Unidos se encontraban en la Liga Abolicionista que nació al calor de la guerra de secesión norteamericana y que reclamaba la abolición de la esclavitud en las colonias españolas. La creó el Marqués de Albaida y a ella se adhieren Juan Valera, Fermín Caballero, Benito Pérez Galdós y los que serían luego figuras del republicanismo y del progresismo, Nicolás María Rivero, Castelar, Olózaga. Más tarde se incorporaron Canalejas, Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Giner de los Ríos, Rafael Labra, Fernando de Castro, que poco después fundaron la Institución Libre de Enseñanza, impulsora de la lucha contra el integrismo católico que dominaba España y del movimiento de renovación intelectual y moral del país. En otras palabras, los amigos españoles de Estados Unidos en el XIX se encuentran entre aquellas minorías esclarecidas que abonaron espiritualmente el suelo de la España contemporánea.

Gumersindo de Azcárate escribe en 1891 La República Norteamericana, presentando elogiosamente las instituciones políticas de Estados Unidos. Critica la corrupción existente en el sistema de partidos y la politización de los cargos administrativos, pero termina valorando el papel de la «opinión pública, en ninguna parte tan poderosa, y esa opinión pública, tomada en conjunto, es recta y sana»¹¹. Subraya su admiración por la tolerancia religiosa y destaca en términos muy positivos el papel de la mujer norteamericana, «No hay país que deba tanto a las mujeres: les debe el norteamericano lo mejor de sus instituciones sociales y lo mejor de las reglas de conducta que rigen la vida»¹². Francisco Giner de los Ríos publica en el Boletín de la Institución el Informe del Comisario de Educación de EEUU, elogiando el sistema de enseñanza norteamericano y, estando Cuba ocupada por Estados Unidos, no se abstiene de constatar que la organización de la universidad de La Habana ha mejorado.

La tendencia al olvido mutuo

Siguiendo con el trabajo de Azcárate, en él se puede encontrar una tercera idea que, llevándola algo más lejos, se podría formular de la siguiente manera: el primer tercio

¹¹ Citado por Azcárate. *La percepción...* p.6

¹² Citado por Azcárate. *La percepción...* p.6

del siglo XX es una época de distanciamiento y hasta de olvido mutuo entre España y Estados Unidos. Ahora bien, Estados Unidos se han convertido ya en una potencia mundial y España no puede sustraerse a su influencia. El interés de esta caracterización, pese a su relatividad, reside en atraer la atención sobre algo que bien puede ser una tendencia latente en las relaciones hispano-estadounidenses: la tendencia a ignorarse; una tendencia que se genera y alimenta en el desconocimiento mutuo. El hecho es que tras la guerra del 98 la reacción española no se caracterizó por el odio al enemigo victorioso, sino por la reflexión autocrítica sobre «el problema de España». Las manifestaciones de esta actitud fueron diversas, pero tanto el regeneracionismo, como la corriente cultural que representó la generación del 98 y también las tendencias europeístas que nacerían a continuación, coincidieron en olvidar la guerra y en olvidar a Estados Unidos¹³.

Ahora bien, este olvido sólo era posible desde una actitud de aislamiento internacional. En cuanto España miraba a Europa o a América Latina, se encontraba con Estados Unidos. Esto es así porque la guerra del 98 también marcó la conversión de Estados Unidos en gran potencia mundial. En Centroamérica y el Caribe la nueva gran potencia, con Theodore Roosevelt al frente, prosiguió la política intervencionista ya anticipada en Cuba, algo que iba a tener consecuencias en la percepción española que veremos más adelante. La nueva talla mundial de Estados Unidos también se hizo patente en el Pacífico, donde se instaló en Hawai, Guam y libró una prolongada guerra hasta lograrlo hacer en Filipinas. Si alguien en España miraba hacia el Lejano Oriente, también allí se iba a encontrar las barras y estrellas. Pero con el nuevo siglo, España empezó a mirar sobre todo hacia Europa; una Europa que brillaba en uno de sus grandes momentos culturales, pero que al mismo tiempo caminaba hacia la mantanza entre europeos y hacia la pérdida de su papel central en el escenario mundial.

Azcárate dice expresivamente que tras la Primera Guerra mundial Europa iba a quedar sacudida por una ola de profunda amargura y pesimismo –decenas de millones de muertos y los problemas sin resolver- y con una faz avejentada que contrastaba con el prestigio de pueblo joven que rodeaba a Estados Unidos. Con los soldados estadounidenses, que combatieron junto a franceses e ingleses para derrotar a Alemania, entró en la política y en la cultura europea el interés y la admiración por Estados Unidos y se produjo un encuentro fundamental entre este país y las viejas naciones de Europa. Este encuentro iba a repetirse con la Segunda Guerra mundial. Los estadounidenses se convertirían entonces en los liberadores del fascismo y en los generosos donantes del Plan Marshall. Pero, atención, España no participó en ninguno de estos dos encuentros y ello, sin duda, ha conferido una especificidad profunda dentro de Europa a nuestra ulterior percepción de Estados Unidos.

Pese a ello, España tampoco va a quedar al margen de la influencia estadounidense durante los años veinte y treinta. Ésta se hace presente a través del cine, que muestra un mundo de “americanos” más guapos, más ricos y más fuertes; un mundo que es artificial pero que parece real y muy superior a aquel en que vive el espectador español, quien inevitablemente se siente atraído por él. La influencia estadounidense también se hace presente por vía de las novelas de Dos Passos, Faulkner, Caldwell y luego Hemingway, que con su carga de rebeldía influyen en la izquierda española, y de los progresos de la ciencia y la tecnología en Estados Unidos. Por otra parte, la política del New Deal de Franklin Delano Roosevelt aparece como un camino nuevo para superar los males del capitalismo y lograr una mayor justicia social.

¹³ Según Phillippe Roger en *L'ennemie américain*, en Francia ocurrió lo contrario pues la guerra del 98 fue percibida como un salto cualitativo en los proyectos expansionistas de Estados Unidos.

Frente a la moda de lo estadounidense se levanta en España la voz de Ortega y Gasset. En *Los "nuevos" Estados Unidos* y en *Sobre los Estados Unidos*, Ortega advierte que la superioridad de Estados Unidos está en lo instrumental, en lo mecánico, pero que carecen del fondo de espiritualidad que se crea con el tiempo y sin el cual un país no puede saber cuál es su papel en la historia. Los estadounidenses son para Ortega primitivos, su eficacia en el hacer se mezcla con un vacío interior. Les falta lo esencial: contestar no al «cómo» sino al «para qué» del hacer humano. En abierto contraste con lo que había dicho cuarenta años antes Gumersindo de Azcárate, Ortega se refiere a la mujer norteamericana como ejemplo de vacío espiritual.

Tras un siglo de enemistad abierta seguido por tendencias al olvido, da la impresión de que la manera de percibir a Estados Unidos desde España se matiza y se hace más compleja. Se diría que los seguidores de la minoría filoestadounidense del XIX han crecido en número y en influencia como consecuencia tanto del progreso material y cultural de Estados Unidos como de su papel en favor de la democracia en Europa; pero al tiempo, desde algunos sectores de elite surgen críticas «europeizantes» al modo de vida y a la cultura estadounidense. Por otra parte, el viejo conflicto de intereses entre España y Estados Unidos en lo esencial se ha diluido, pero la acción exterior de Estados Unidos en Latinoamérica está alimentando un choque de sensibilidades entre españoles y estadounidenses al que luego se hará referencia. Ahora bien, un choque mucho más grande, una guerra civil, se va a producir entre los propios españoles y este hecho marcará los próximos cuarenta años.

Los Pactos de Estados Unidos con Franco

Para considerar los efectos de los años de franquismo en las percepciones españolas de Estados Unidos, Azcárate comienza refiriéndose a la actitud de Washington ante la guerra civil española. Reconociendo que Roosevelt tenía una indudable simpatía por la república, considera, sin embargo, que la realidad de su política fue mucho más favorable a Franco y apunta en este sentido la venta a éste de petróleo a crédito, producto decisivo para la guerra y que ni Alemania ni Italia podían facilitarle. En el fondo -dice Azcárate- Estados Unidos hizo lo mismo que otras democracias más cercanas a España, como Francia, de las que la república sí esperaba una ayuda efectiva. Por otra parte, ésta recibió de Estados Unidos un testimonio de solidaridad particularmente fuerte con los voluntarios de la Brigada Lincoln, y expresiones calurosas de simpatía de la opinión pública y de los intelectuales estadounidenses, incluidas muchas de las figuras del cine que disfrutaban en España de una gran popularidad. Como conclusión dice no creer que «la actitud de Estados Unidos en la guerra sea un componente esencial de la percepción que se ha ido formando en las mentes españolas sobre la gran república norteamericana»¹⁴.

En contraste con lo anterior, lo que sí considera Azcárate decisivo para que se formara esta percepción es la actitud que tuvo Estados Unidos con la dictadura de Franco. En particular, los acuerdos de 1953. Estos constituyeron un gesto explícito de apoyo estadounidense al régimen de Franco con el que Estados Unidos se distanció de sus aliados francés y británico y se enfrentó con los sectores democráticos españoles. Los subsiguientes acuerdos hicieron que, desde 1953 y hasta su muerte, Estados Unidos apareciera ante la opinión pública española como el apoyo fundamental de Franco. Durante más de dos décadas, esta percepción penetró hondamente en la mentalidad de los españoles dando lugar a un proceso de inversión del panorama del siglo XIX: los franquistas -herederos de una derecha históricamente antiestadounidense- aparecen como los amigos de Estados Unidos; y los liberales y

¹⁴ Azcárate. *La percepción...* p.12

demócratas españoles -cuyos antepasados habían asumido en España la defensa de los valores de la Constitución de Estados Unidos- se sienten abandonados o traicionados por unos Estados Unidos que pactan con el dictador que los persigue.

Además de esto, el apoyo de Estados Unidos a Franco tuvo un efecto todavía más amplio sobre las percepciones de los españoles; se puede decir que, en buena medida, les inmunizó frente al discurso ideológico de la Guerra Fría. Cuando Franco proclamaba que el apoyo estadounidense venía a darle la razón, automáticamente privaba de credibilidad a los argumentos sobre la “defensa de Occidente” con que Estados Unidos justificaba su apoyo al franquismo. La amenaza soviética fue percibida por la gran mayoría de los españoles, más como un señuelo de la propaganda franquista que como un riesgo digno de tomarse en serio y esto hizo imposible que la cultura de Guerra Fría fuera asumida por las fuerzas democráticas españolas. De nuevo nos encontramos ante un importante desencuentro: mientras la cultura de la Guerra Fría dominó en Estados Unidos durante cuarenta años, en España esa cultura fue inexistente o muy débil.

España y la política de Estados Unidos en Latinoamérica

Otra de las acusadas particularidades de la percepción española de Estados Unidos es que en su constitución han tenido un gran impacto, y siguen teniéndolo, los avatares de las relaciones entre Estados Unidos y los países latinoamericanos.

Puede que fuera Thomas Paine quien empezó a convencer a los estadounidenses de que lo que era bueno para su país era bueno para todo el mundo, pero, en todo caso, con el tiempo la idea fue arraigando y de esa raíz surgieron la “Doctrina Monroe”, concebida por Adams, que advierte a los europeos que deben mantenerse al margen de los acontecimientos americanos, dejando a Estados Unidos como la mayor potencia del continente¹⁵ y la política del “Destino Manifiesto” – “la realización de nuestro destino manifiesto es extendernos a lo largo y ancho del continente que nos ha adjudicado la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones que se multiplican cada año”¹⁶-. Durante el siglo XIX, estos planteamientos alentaron la expansión de la Unión por el continente norteamericano, ya fuera comprando bajo presión como en Louisiana, Florida, Oregón o Alaska, o violentamente como en las guerras contra los indios y en Texas, California, Nevada, Utah, New Mexico, Arizona, partes de Colorado y Wyoming y, al final, Puerto Rico y Cuba. Después de la guerra del 98, Estados Unidos proyectó su expansionismo sobre Centroamérica y el Caribe con el establecimiento de protectorados en Panamá, Santo Domingo, Haití, y la ocupación de Nicaragua. Una consecuencia importante de este comportamiento resultó ser que, ante la injerencia del poderoso vecino del norte, en las nuevas repúblicas latinoamericanas comenzaron a regenerarse sentimientos de reconciliación y solidaridad con la vieja metrópoli, con España.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, las actividades de la CIA contra Arbenz en Guatemala, contra Castro en Cuba, contra Bosch en Santo Domingo, contra Allende en Chile, contra los sandinistas en Nicaragua y la invasión de Panamá, continuaron alimentando en nuevas generaciones de españoles una percepción negativa de Estados Unidos. El alcance de esa percepción no lo da solo la historia política sino además la demografía, dada la densidad de vínculos familiares que existen entre españoles y latinoamericanos, así como la significativa presencia de españoles, entre ellos muchos sacerdotes, en esos países.

¹⁵ Walter LaFeber, *The American Age*, segunda edición, W.W. Norton and Company, New York, 1994, p.83.

¹⁶ John O’Sullivan, citado por Julius W. Pratt en *Essays in Honor of William E. Dodd*, ed. Avery Graven, Chicago, 1935, p.343

Percepciones españolas de Estados Unidos en la transición

Recapitulando todo lo anterior se puede decir que, tras un siglo de enfrentamientos, más de cincuenta años tratando de ignorarse y veinte años más durante los cuales Washington apoyó a Franco, los posos de esa historia entre España y Estados Unidos hicieron que en los años de la transición:

- 1) La mayoría de los españoles percibieran a Estados Unidos negativamente;
- 2) Pensaran que la suerte de la democracia española importaba poco en Washington;
- 3) Consideraran que un vínculo militar con Estados Unidos más que proporcionar seguridad creaba riesgos (con el consiguiente rechazo de la presencia militar estadounidense en España y de la OTAN);
- 4) Opinaran que Estados Unidos actuaba en los países latinoamericanos con menosprecio de sus gentes y recurriendo a la fuerza, más que respetando el Derecho Internacional;
- 5) Apreciaran que la sociedad estadounidense reconocía los derechos y las libertades políticas de sus ciudadanos, promovía el avance de la ciencia y de la tecnología y creaba cine y música admirables;
- 6) Y que entre España y Estados Unidos reinara una latente inclinación a ignorarse, una cierta tendencia al olvido;

Concluido el franquismo, España vivió un feliz, pero también delicado, proceso de transición a la democracia. Desde entonces los españoles vienen sometiendo las anteriores ideas a lo que podríamos llamar la prueba experimental, es decir, al contraste con los hechos. En el año 2003, la pregunta es con qué resultados. De eso nos ocuparemos tras considerar antes cuáles eran las percepciones recíprocas, es decir, las percepciones que de España tenían los estadounidenses en esa misma época.

España vista desde Estados Unidos

En paralelo al apartado anterior, en éste trataré de perfilar algunos rasgos de la percepción de España más difundida en Estados Unidos cuando se produce el paso de la dictadura a la democracia.

Una percepción débil y distorsionada

Creo que lo primero que se descubre al tratar de estudiar la percepción que los estadounidenses tienen de España es que ésta es muy débil. Tras la guerra del 98, España desapareció del centro de interés de Estados Unidos y su imagen se fue haciendo más débil que la de la mayor parte de los restantes países europeos. No sólo que la del Reino Unido o Francia. También países como Irlanda, Grecia, Polonia, Italia o Suecia empezaron a proyectar su imagen con fuerza en Estados Unidos gracias a la emigración y formación de unas nutridas e influyentes comunidades irlandesa, griega, polaca, italiana o sueca, que fueron dejando sentir su peso en la vida política cotidiana y actuando como agentes culturales de sus respectivos países de origen.

En Estados Unidos no se formó ni existe hoy una comunidad española equivalente a las anteriores. Mientras las corrientes migratorias de la mayor parte de los países europeos durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX se dirigieron a Estados Unidos, la emigración española fue a «las Américas» al Sur de Río Grande. Lo que sí existe en Estados Unidos es una importantísima «minoría hispana», nombre con que se denomina a unos veinticinco millones de habitantes originarios de México,

Cuba, Puerto Rico y otros países latinoamericanos. Ahora bien, aunque la relación entre España y la minoría hispana no es, ni puede ser, equivalente a la relación entre Italia y los ítalo-americanos, existe una comunidad de lengua y este hecho, combinado con un bajo nivel de conocimientos geográficos de los estadounidenses, hace que la mayoría de ellos no diferencien muy claramente lo «español» (*spanish*) de lo «hispano» (*hispanic*). El resultado es que la percepción de España en Estados Unidos está fuertemente asociada con la de Latinoamérica y por ello sea, para bien o para mal, distorsionada.

Pero vayamos a lo substantivo. Más allá de que España tenga una imagen débil y distorsionada ¿qué elementos conforman la imagen que tiene el norteamericano de lo español? No resulta arriesgado apuntar que la imagen de lo español en Estados Unidos se ha ido formando sobre todo en torno a unos cuantos episodios históricos que son los siguientes: el descubrimiento y la conquista de América, la guerra del 98, la guerra civil española y la transición de España a la democracia.

Católicos y colonizadores

Del descubrimiento y la conquista de América por los españoles, lo que ha quedado en la percepción norteamericana tiene mucho que ver con la "leyenda negra". No en vano, los pioneros fueron en su mayor parte protestantes procedentes de Inglaterra y de Holanda; y no en vano, los padres fundadores de la Unión fueron, antes que otra cosa, combatientes contra el colonialismo. Pues bien, la leyenda negra insistía, sin rigor histórico pero con eficacia propagandística, en los horrores del catolicismo y del colonialismo español. Ahora bien, no sólo las leyendas sino también la política española hacia la república norteamericana durante sus primeros años – por ejemplo, cerrando Nueva Orleans al comercio del Mississippi- alimentó también la imagen negativa y hostil con que aparece caracterizada insistentemente España en *The Federalist Papers*¹⁷. Esto por lo que se refiere al siglo XVIII, aunque no cabe olvidar que *The Federalist Papers* continúa siendo un texto central en la enseñanza que reciben los jóvenes estadounidenses.

Durante el siglo XIX, con el fin de justificar la política del «Destino Manifiesto», es decir, la expansión estadounidense por tierras de México y el Caribe, la leyenda negra revivió como instrumento de descrédito de lo hispano¹⁸. Del mismo modo, en los años que siguieron a la fiebre del oro en California, los estereotipos de la leyenda negra sirvieron una y otra vez para respaldar prácticas discriminatorias contra los españoles y los mexicanos asentados en aquellas tierras. Finalmente, la guerra del 98 volvió a actualizar los tópicos antiespañoles de la leyenda negra. Significativo a este respecto fue la edición ese mismo año en New York de la Brevísima relación de la destrucción de las Indias, de Fray Bartolomé de las Casas, ilustrada con dibujos de Theodore de Bry.

Ahora bien, esta pervivencia de la leyenda negra ¿qué rasgos ha incorporado a la percepción de España por los estadounidenses? Como es sabido, la leyenda negra, que surge en el clima de rivalidades políticas y de luchas religiosas de la Europa del siglo XVI, viene a decir que España es un país esencialmente intolerante y fanático,

¹⁷ *The Federalist Papers*, ed. Rossiter. Mentor. New York. 1961. p. 47. Jay: "Spain thinks it convenient to shut the Mississippi against us"; p. 88, Hamilton: "The disposition of Spain with regard to the Mississippi needs no comment"; p. 106. Hamilton: "Are we entitled by nature to a free participation in the navigation of the Mississippi, Spain excludes us from it", p. 165. Hamilton: "Indian hostilities, instigated by Spain or Britain, would always be at hand"; p. 162, Hamilton: "...it may be said certain, that Britain and Spain would augment their military establishments in our neighborhood".

¹⁸ Joseph P. Sánchez. *The Spanish Black Legend: Origins of Antihispanic Stereotypes. Encounters*, núm. I Winter, 1989.

cruel y violento, que en política tiende a la tiranía y económicamente a la pereza. Pero lo característico de leyendas como ésta, más que denunciar uno u otro defecto, es proyectar una imagen negativa en términos generales. En su versión aplicada a los hispanos, que es la que conserva más vigor, leyenda negra y racismo no se diferencian mucho. En todo caso, la leyenda negra arraigó en Estados Unidos y extendió creencias como que la colonización española resultó más cruel que la colonización por los pioneros de New England debido a la intolerancia de la corona y de la iglesia españolas. Ideas erróneas como ésta, posiblemente están detrás de las dificultades de Washington para entender la influencia en Latinoamérica de la teología de la liberación, ya que las raíces de ésta hay que buscarlas en la labor de defensa de los indios que iniciaron, ya en el siglo XVI, reformadores dominicos y jesuitas españoles, de los que hoy se consideran herederos muchos de los sacerdotes que ejercen en Latinoamérica.

Un país perdedor

La concepción estadounidense de la vida y de la política está altamente organizada en torno a los conceptos de ganador y perdedor y, durante dos siglos, España ha sido percibida como un país perdedor. No sólo porque perdió la guerra de Cuba. Mucho antes, durante todo el siglo XIX los estadounidenses eran muy conscientes de que todo el imperio español en Norteamérica había terminado cayendo en sus manos. Tras la Segunda Guerra mundial, España apareció de nuevo como un país perdedor en la percepción estadounidense, algo que no podía ser de otra forma, ya que había sido aliada de Hitler y de Musolini, y tras la derrota de éstos se convirtió «en el paria de la Europa Aliada»¹⁹.

¿Qué significa en EEUU ser considerado un perdedor? Por decirlo brevemente, significa que en la vida diaria te van a exigir más y te van a ofrecer menos; significa que si quieres algo vas a tener que pagar el precio más alto para obtenerlo. Pues bien, esto es precisamente lo que hizo Franco en 1953 para lograr el acuerdo que deseaba con Estados Unidos. Este es el significado práctico en la vida internacional de ser percibido por Estados Unidos como un perdedor, que se espera de ti un comportamiento dócil y subordinado como el que durante años ofreció Franco.

El recuerdo de la guerra civil

El recuerdo de la guerra civil española es uno de los elementos que, tanto en Europa como en Estados Unidos, más han influido durante los últimos cincuenta años sobre la percepción de España. Como explica Flora Lewis²⁰, la guerra civil española «marcó profundamente las ideas y los ideales de una generación mucho más allá de las fronteras españolas... Las emociones que evocó fueron tan intensas que marcaron de por vida a aquellos extranjeros que participaron en la lucha o que la observaron desde lejos. La guerra española encarnó el conflicto político-moral de ideologías que, entre las dos guerras mundiales, fue el tema central no sólo en Europa sino en gran parte del mundo». Concluida la guerra -añade- «durante dos generaciones, España fue poco más que un recuerdo para el mundo que tan profundamente había conmocionado».

¿Qué perfil adquirió ese recuerdo en Estados Unidos? Creo que algunos americanos, aquéllos que de forma directa o indirecta se sintieron partícipes de la guerra civil española, conservaron un recuerdo de España amargo pero esperanzado. Mantuvieron la confianza en la España democrática con la que en su juventud se

¹⁹ Flora Lewis. *Europe*. Simon & Schuster Inc. New York, 1987, p.114

²⁰ Idem. p. 115.

habían sentido identificados y, cuando ésta volvió a resurgir tras 1977, la saludaron alborozados. Pero este tipo de norteamericanos fueron una minoría que, como recuerda Flora Lewis, «pasaron malos tiempos en la era de la caza de brujas comunistas del senador Joe McCarthy». La mayoría de los norteamericanos en los años treinta se manifestaron partidarios, no de la república española, sino de la “no intervención” en las guerras europeas.

Estas guerras, y en concreto la Guerra de la Independencia, que además de una guerra civil entre españoles fue una guerra entre Francia e Inglaterra sobre suelo español, pusieron en circulación un nuevo estereotipo de España, el estereotipo “romántico”. Esta forma de ver España subraya los aspectos que resultan exóticos a los ojos extranjeros, como el flamenco, los toros, los gitanos y la huella musulmana. Francia justificó ideológicamente su intervención en España haciendo uso de la leyenda negra para presentar a los franceses como ilustrados que vinieron a liberar a España del dominio secular de la intolerancia. Inglaterra, por el contrario, lo hizo alimentando la imagen romántica de un pueblo en armas contra un gobierno injusto y en combate por su libertad. Inglaterra ganó esa guerra y, pese a que los acontecimientos posteriores no avalaron esa visión, la imagen romántica de España tomó carta de naturaleza²¹.

La imagen romántica de España, también conocida como la “leyenda amarilla”, no tuvo mucho efecto en Estados Unidos durante el siglo XIX donde, como se ha dicho, pervivió la imagen derivada de la leyenda negra, pero en torno a la guerra civil también allí terminó por imponerse. La leyenda amarilla toma los mismos elementos del estereotipo de la leyenda negra, dándoles la vuelta y confiriéndoles un tono favorable mediante el procedimiento de situar a España en otro grupo de referencia²². Los ilustrados europeos tienen una imagen negativa de España porque le atribuyen los perfiles de la leyenda negra y la comparan con otras naciones de Europa. El romanticismo, por el contrario, muestra simpatía hacia España pero considerándola un país exótico, distinto del resto de Europa. Esta última fue la imagen que, de la mano de escritores como Hemingway, potenció la guerra civil en Estados Unidos: la de una España no europea, premoderna, guerrillera o miliciana y apasionada; lo que también significa violenta e ingobernable. De ahí su sorpresa e incredulidad ante la pacífica y ordenada transición a la democracia tras la muerte de Franco.

Transición y revisión de las percepciones

Ese repaso permite concluir diciendo que la imagen de España en Estados Unidos en los años de la transición

- 1) Era débil;
- 2) Estaba distorsionada por su mezcla con la de los países latinoamericanos;
- 3) Era la imagen de un país perdedor (de su imperio americano, de la guerra del 98, de la Segunda Guerra Mundial);
- 4) Tenía un perfil marcado por los estereotipos de la leyenda negra (católicos intransigentes y colonialistas brutales) mezclados con los de la leyenda amarilla (la visión romántica de una España más exótica que europea, premoderna, guerrillera y apasionada);
- 5) Y que la guerra civil había fundido esos rasgos en los de un país violento e ingobernable, si bien

el proceso de transición de la dictadura a la democracia en España sorprendió a todo

²¹ Javier Noya, *La imagen de España en el exterior...*, Real Instituto Elcano, Madrid 2002, p.56

²² Álvarez Junco, España: el peso del estereotipo, Claves de la razón práctica, 48, pp. 2-10 y Real Instituto Elcano, *La imagen de España en el exterior. Estado de la cuestión*, Madrid 2002, p. 65

el mundo. Este efecto sorpresa indica claramente que las características del comportamiento que manifestó el pueblo español -rechazo de la violencia, actitud tolerante, sentido pragmático, etc. - no se ajustaban nada a lo esperado, es decir, a las percepciones más difundidas sobre España. Por supuesto esto reza también para la percepción estadounidense de España.

Teniendo en cuenta lo anterior se podría decir que el éxito de la transición a la democracia debió poner en marcha procesos de revisión de la manera en que España era percibida desde el exterior. Pero -como ya se dijo - las percepciones son resistentes al cambio, y sería ingenuo pensar que los viejos tópicos ya se han evaporado, pues, para que arraiguen nuevas percepciones se requiere tiempo y experiencias con trascendencia popular que las consoliden. Experiencias de este tipo se han dado en los años ochenta y noventa e incluyen cosas tan diversas como la negociación de la retirada del Ala 401 de Torrejón, el crecimiento de las inversiones españolas en Latinoamérica o el éxito en Hollywood de las películas de Pedro Almodóvar. Pero antes de entrar en este campo conviene pararse a pensar cómo casan las percepciones mutuas que hemos registrado hasta ahora.

Miradas torcidas

Analizando cómo casan ambas percepciones, cabe destacar que en los encuentros históricos entre España y Estados Unidos han prevalecido los conflictos y que además España ha estado ausente de aquellos momentos -la emigración a Estados Unidos, el encuentro en los campos de combate europeos durante las guerras mundiales, la recepción de la ayuda del plan Marshall tras la Segunda Guerra Mundial- en que se forjaron vínculos muy sólidos entre Europa y Estados Unidos. Si durante los años del franquismo alguien, en España o en Estados Unidos, pensó que la cooperación entre los gobiernos de ambos países estaba alentando el entendimiento entre sus pueblos, no podía estar más equivocado. De ahí que en las percepciones mutuas entre España y Estados Unidos dominaran factores que, abandonados a su propia dinámica, tendían más a generar una lógica de tensiones que de entendimientos.

Pese a esto, con la transición se abrió una oportunidad para reducir las percepciones más conflictivas entre ambos países y desarrollar las percepciones más constructivas. En este sentido, la idea de que la democracia española tiene poco bueno que esperar de Estados Unidos pudiera modificarse si se producían experiencias que mostraran lo contrario y el final de la Guerra Fría despejó otra vía de aproximación. Además, la transición conllevó un interesante cambio en la manera en que los españoles miraban a Estados Unidos, haciendo girar su atención desde la acción de gobierno hacia la sociedad, algo que, en principio, debería reforzar la corriente de atracción que las instituciones políticas, la actividad científica y la creación artística estadounidense ya despertaban entre los españoles.

Por último, en cuanto a la latente tendencia al olvido mutuo, la positiva sorpresa que produjo la transición podía debilitar la arraigada propensión de Estados Unidos a ignorar a España, si bien el acceso a la democracia había centrado la mirada exterior de los españoles en Europa.

La conclusión de todo esto es que la propensión a generar tensiones, que sin duda dominaba el juego de percepciones mutuas entre España y Estados Unidos en los años de la transición, podía verse aliviada en el futuro si por ambas partes se aprovechaban las posibilidades que se abrían en la nueva situación histórica. Que ocurriera esto o no, iba a depender del signo de las experiencias que España y Estados Unidos estaban llamados a compartir en los años ochenta y noventa.

La espuma de cada día

Tres años de negociación

Desde diciembre de 1985, fecha en que Estados Unidos aceptó comenzar a hablar sobre la reducción de su presencia militar en España, hasta diciembre de 1988, cuando finalmente se firmó el nuevo Convenio de Cooperación para la Defensa, transcurrieron tres años durante los cuales los dos países mantuvieron una negociación que representó la experiencia más importante en sus relaciones bilaterales recientes. Además de ser prolongada y conllevar intensos intercambios entre los gobiernos y altos funcionarios de ambos países, esa negociación tuvo también amplia repercusión social -tanto en España, donde la opinión pública siguió con interés el proceso negociador- como en Estados Unidos, donde la novedad del planteamiento español respecto a experiencias anteriores hizo que el tema trascendiera a la prensa y fuera motivo de editoriales y artículos de opinión. A lo largo de tres años tuvo lugar un proceso de contraste y acomodación de percepciones e intereses entre España y Estados Unidos que nunca antes se había producido. De aquí que quepa pensar que pudo tener algún efecto sobre las viejas percepciones mutuas. Para apreciar en qué sentido analizaremos qué se discutió en la citada negociación.

Continuidad o replanteamiento

Nada más iniciarse las negociaciones se puso de manifiesto que cada una de las partes se aproximaba a ellas con un enfoque muy distinto. Mientras desde el campo estadounidense se ponía el acento en la experiencia de los convenios anteriores, y por tanto en la idea de continuidad, desde la parte española el énfasis estaba puesto en el replanteamiento de esa experiencia dada la radical novedad de la nueva situación interior e internacional de España.

Para Estados Unidos, los términos del nuevo Convenio debían derivarse de una evaluación global del conflicto Este-Oeste y del estudio de las posibilidades de aumentar la contribución española al esfuerzo defensivo occidental. La negociación sobre reducción y la llevada a cabo sobre un nuevo convenio resultaban inseparables, ya que para Estados Unidos la reducción dependía de la disposición de España a eliminar restricciones y controles con el fin de potenciar la capacidad operativa de las fuerzas estadounidenses en territorio español, temas éstos que debería regular el nuevo convenio.

Por su parte, España puso desde el principio sobre la mesa la necesidad de comenzar acordando una reducción substancial de la presencia militar estadounidense. Esto constituía una demanda nacional sancionada (en marzo de 1986) en referéndum. España no quería afectar negativamente la seguridad aliada y con este fin estaba dispuesta a proceder a la reducción sin perjudicar las misiones encomendadas a las fuerzas estadounidenses ubicadas en España. Una vez logrado un acuerdo que diera satisfacción, en los términos citados, a la demanda nacional de reducción, se iniciarían las negociaciones sobre un nuevo convenio, incluidas las cuestiones sobre operatividad de las fuerzas estadounidenses que permanecieran en España.

Vista la notable diferencia de planteamientos, cabía preguntarse hasta qué punto tenía base firme la posición española y qué posibilidad de acomodo existía con la posición estadounidense. A la primera pregunta daban respuesta las encuestas de opinión. El análisis de éstas durante el período de la negociación pone de relieve que la eliminación o reducción de la presencia militar estadounidense en España era “un punto de consenso nacional con escasas excepciones” que se mantuvo estable. Pero hay algo más, ante la pregunta ¿conseguirá el gobierno reducir la presencia militar americana?,

la misma mayoría que lo deseaba se dividía en tres partes aproximadamente iguales: unos creían que sí, otros que no y los terceros no sabían. Los sectores más proclives a la reducción resultaban ser al mismo tiempo los más escépticos. ¿Qué indicaba todo esto? El estudio que estamos siguiendo dice: “frustración con Estados Unidos” y “desconfianza hacia el gobierno”²³. Lógicamente, más frustración y más desconfianza hubieran sido las consecuencias previsibles en caso de abandono por parte del gobierno español de la exigencia de reducción. Por el contrario, la satisfacción de esa demanda nacional, en principio, debería generar confianza en el gobierno (por lograrlo) y producir reacciones positivas hacia Estados Unidos (por facilitarlo).

Teniendo en cuenta, además, que una amplia mayoría de los encuestados se mostraba partidaria de acabar con el convenio con Estados Unidos si no aceptaba la posición española²⁴, se comprende que el gobierno español tuviera sólidas bases y buenas razones para mantener su posición. Y también se ve que adoptar una posición flexible abría al gobierno de Estados Unidos una oportunidad de mejorar la apreciación de su país por la opinión española mientras que la intransigencia presentaba el riesgo de cristalizar actitudes adversas en la misma.

Minimalismo o regateo

Para el gobierno español, la reducción tenía que revestir dos características: una, ser “substancial”, y la otra, “no dañar la seguridad aliada”. ¿Qué propuesta podía satisfacer estas condiciones? Esta decisión, que en principio parecía crítica, resultaba en realidad un problema de habas contadas. Políticamente era imposible hablar de reducción substancial mientras a seis millas de Madrid continuaran aterrizando y despegando F-16s de la USAF. Por otro lado, sacar la US Navy de Rota, no teniendo España capacidad de llenar su hueco, significaría alterar el equilibrio militar en un escenario sensible. Así pues, lo que quedaba por saber era si la seguridad aliada se vería perjudicada con la salida del Ala 401 de Torrejón. El gobierno recabó los correspondientes estudios y obtuvo como respuesta que la seguridad no tenía por qué verse afectada negativamente. Con ello, lo esencial de la propuesta española de reducción quedó definido. Ahora sólo faltaba que Estados Unidos la aceptara y a ser posible de buen grado.

Lograrlo iba a depender en buena medida de la táctica negociadora. Se podía optar por presentar una propuesta más exigente y replegarse regateando hasta la posición decidida. Éste era el enfoque tradicional. Pero ¿era el más adecuado? En las negociaciones durante los tiempos de Franco, por regla general, España había comenzado reclamando a Estados Unidos garantías de asistencia en caso de agresión exterior, importantes aumentos de las contrapartidas económicas y militares y, en algunos momentos, disminución del personal estadounidense en España o limitación de las instalaciones que podía utilizar. Estas últimas reclamaciones siempre fueron las primeras en ser abandonadas a lo largo del proceso negociador. Respecto a las garantías de seguridad, Estados Unidos zanjaba el tema diciendo que su Congreso no estaba dispuesto a adquirir en Europa más compromisos de alianza que los establecidos en la OTAN donde, no Estados Unidos, pero sí varios países europeos se oponían a la entrada de España. Finalmente, a los incrementos en la petición española de contrapartidas, Estados Unidos solía responder solicitando incrementos en la concesión de instalaciones y de facilidades operativas en el uso de las mismas. Este juego, que alguien llamó la «carta a los Reyes Magos» y la «lista de Santa Claus», terminaba siempre en el arreglo típico, “yo cedo bases y tú me das ayuda”.

²³ *Actitudes y opiniones de los españoles ante las Relaciones Internacionales*, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1987, p. 143.

²⁴ *Idem.* p. 145

En esta ocasión lo que pretendía España era algo completamente distinto. La participación en la OTAN (confirmada en el referéndum de marzo de 1986) había resuelto el problema de las garantías de seguridad. En contra de toda la experiencia anterior, la reducción era ahora la cuestión central a solventar. De aquí la conveniencia de separar y anteponer la negociación de reducción a la negociación de un nuevo convenio. Además, convenía que quedara claro cuanto antes que la demanda española de reducción tenía un carácter inamovible en el fondo, aunque era flexible respecto a formas de aplicación. No convenía, pues, una táctica de regateo sino poner desde el principio sobre la mesa la retirada del Ala 401 e insistir serenamente hasta que los interlocutores se terminaran convenciendo de que en ese punto no había margen de maniobra. Cuando ocurriera esto, la parte estadounidense, antes de acceder a la reducción, previsiblemente reclamaría concesiones en el nuevo convenio. La parte española, en el momento adecuado, respondería anunciando que en el nuevo convenio España estaba dispuesta a renunciar a toda compensación económica o militar. Esto, y no la concesión de mayores facilidades operativas, sería lo característico del nuevo convenio.

El gran debate

Ni la negociación del Convenio de 1953, ni sus posteriores revisiones o las negociaciones del Convenio de 1970, del Tratado de 1976 o del Convenio de 1982, dieron lugar a grandes discusiones entre España y Estados Unidos sobre cuestiones internacionales de seguridad. Durante la guerra de Ifni, Estados Unidos no permitió que España utilizara el material bélico de origen estadounidense de que disponía. A finales de los años cincuenta, la URSS había adquirido capacidad balística intercontinental y esto aumentaba enormemente los riesgos asociados con las bases en España. Estos temas estuvieron presentes en las negociaciones de renovación del Convenio de 1953, pero sólo a efectos de insistir en la tradicional reclamación de una cláusula de seguridad y de intentar arrancar mayores contrapartidas económicas y militares. Ni siquiera se tradujeron en la eliminación de la cláusula secreta que permitía el uso de las bases sin necesidad de consulta previa en caso de “evidente agresión comunista”.

En los primeros años sesenta, los submarinos Polaris armados con misiles nucleares comenzaron a utilizar la base de Rota y en enero de 1966 se produjo una colisión entre un bombardero B-52 y un avión cisterna KC-135 que dio lugar a la caída de cuatro bombas nucleares en Palomares. En este caso, el gobierno español reclamó a Estados Unidos que los aviones portadores de armas nucleares cesaran de sobrevolar el territorio español y un “enorme aumento del precio solicitado por España para la renovación de los acuerdos de bases en 1968”²⁵. Las sustituciones de los B-47 por los B-52 y la de éstos por los F-16 se fueron produciendo simplemente al ritmo de la evolución de la tecnología y de la doctrina militar estadounidense. Otro tanto puede decirse de la retirada de Rota de los submarinos Polaris²⁶. En resumen, ni el nivel, ni la naturaleza de las fuerzas desplegadas en España, fueron motivo de discusiones serias con anterioridad a la negociación 1985-1988. Buena (y terrible) prueba de ello es que el gobierno español sólo fue informado de las misiones encomendadas al Ala 401 que llevaba decenios desplegada en Torrejón después del ingreso de España en la OTAN. Pues bien, en contraste con esto, durante los años 1986, 1987 y 1988, entre España y Estados Unidos se produjo un gran debate sobre temas de seguridad internacional.

²⁵ Rubotton and Carter, *Spain and the United States*, Praeger, New York 1984, p.85

²⁶ Idem, p.117

Amenazas y seguridad

En este debate aparecieron todos los grandes temas. En primer lugar la valoración de la amenaza, asunto sobre el que, al hablar de la Guerra Fría, se apuntó la existencia de notables diferencias entre las percepciones más extendidas en España y en Estados Unidos. Durante el período de las negociaciones, los estadounidenses percibían una amenaza soviética creciente. En cuanto a la percepción española, las encuestas realizadas entre los años 1983 y 1987 revelan que la mayoría de los españoles creían que ningún país amenazaba seriamente a España²⁷. Entre la minoría que percibía una amenaza, los países que se singularizan como amenazadores eran Estados Unidos y Marruecos²⁸. Cuando se sondeaba qué superpotencia resultaba más amenazadora para España, la opinión mayoritaria tendía a culpabilizar conjuntamente a ambas y, entre la minoría que diferenciaba, eran más los que creían que la mayor amenaza procedía de Estados Unidos²⁹. Estos datos dejaban ver la paradoja de que España contaba con un aliado que resultaba amenazador y con un enemigo en cuya amenaza se creía menos, lo que explica la percepción de que la retirada de las fuerzas estadounidenses instaladas en España no iba a representar una mayor indefensión sino un menor riesgo de guerra.

Regresando al gran debate, la cuestión era cómo acomodar estas heterodoxas percepciones de los españoles con la ortodoxia de la doctrina estadounidense. Desde el lado español sólo cabía esforzarse por hacer comprender a Estados Unidos que su valoración de la amenaza no tenía por qué ser aceptada por todo el mundo. Seguro que sus recursos de información e inteligencia eran los mejores pero para valorar una amenaza hay que juzgar no sólo sobre capacidades sino también sobre intenciones y la apreciación de estas últimas es siempre algo inevitablemente subjetivo.

Junto con la valoración de la amenaza, también entraba en la discusión el propio concepto de seguridad. Sabido es el énfasis en la fuerza como ingrediente central de la política de seguridad que caracterizó a la administración Reagan. *Peace through strength* fue su filosofía. Pues bien, una vez más la actitud dominante entre los españoles resultaba ajena a la idea de que la fuerza es la mejor garantía de la paz. Preguntados sobre qué política puede asegurar mejor la paz, dos terceras partes contestaban que el desarme y sólo un 15% decía que armarse adecuadamente³⁰. La renuncia a dotarse de armas nucleares era acogida favorablemente por más del 80%, mientras que sólo un 6% se manifestaba en sentido contrario³¹.

Los negociadores estadounidenses, fieles a la filosofía antes citada, consideraban un contrasentido que la primera decisión que quería tomar España tras confirmar su participación en la OTAN fuera una reducción de las fuerzas de Estados Unidos situadas en territorio español. En su opinión, esto anulaba en la práctica el fortalecimiento político de la Alianza que había representado el "sí" español en el referéndum sobre la OTAN. Frente a esto, las autoridades españolas defendieron un concepto de seguridad no reducido a los componentes militares de la misma y en el que los aspectos políticos presentaban entidad propia. La decisión de España de mantenerse en la OTAN era un gesto sin precedentes de fortalecimiento político de la Alianza que posteriormente se vería completado por una contribución militar española. Todo lo anterior no sólo no perdía sentido con la reducción de la presencia militar estadounidense en España, sino que, muy al contrario, debía facilitar la realización de la misma.

²⁷ *Actitudes y Opiniones...* p.53

²⁸ *Idem.* p.54

²⁹ *Idem.* p. 46

³⁰ *Idem* p.78

³¹ *Idem* p.79

Solidaridad o subordinación

En las discusiones, los estadounidenses siempre tenían a mano el argumento comparativo: la mayor parte de los aliados hacen más que España en favor de la defensa común; España se niega a aceptar armas nucleares y a someter sus fuerzas a los mandos integrados; ahora reclama una reducción de las fuerzas estadounidenses en su territorio. La respuesta española siempre fue que España no deseaba ser un caso especial sino que trataba de equipararse con los restantes aliados, cada uno de los cuales aportaba a la defensa común lo que libremente consideraba necesario. Durante largos años España había vivido una situación muy distinta. No había sido un aliado pero su territorio había sido nuclearizado y usado para misiones que los gobiernos españoles ni siquiera conocían. Lo que España pretendía ahora, al igual que el resto de los aliados, era acordar libremente su participación en la defensa común. Para hacerlo así resultaba condición sine qua non respetar los términos del referéndum. La voluntariedad es precisamente lo que marca la diferencia que va de la solidaridad entre aliados a la subordinación impuesta.

Ala 401, seguridad y dinero

Estados Unidos reiteró una y mil veces que el desplazamiento fuera de España del Ala 401 conllevaría un serio detrimento de la seguridad occidental. A esto respondió España recordando que las misiones del Ala 401 consistían en la defensa aliada del flanco sur de la OTAN que se extendía desde la frontera entre Italia y Austria, hasta las fronteras de Turquía con Bulgaria y la URSS. En caso de crisis, lo que estaba previsto era que el Ala 401 abandonase Torrejón para trasladarse a Aviano (Italia) e Incirlick (Turquía), donde los aviones F-16 serían armados y despegarían para el escenario de combate. A la vista de esto, no estaba nada claro por qué la defensa aliada del flanco sur se iba a ver negativamente afectada si el Ala 401 se desplegaba, en vez de en España, en una zona más próxima a su previsto escenario de intervención. Si la ubicación del Ala 401 en Torrejón ofrecía ventajas, éstas no parecían tener que ver con su actuación en caso de crisis o de guerra, sino quizá con las posibilidades de entrenamiento y de apoyo logístico de que disponían en territorio español. España comprendía que sin estas posibilidades, el Ala 401 podría ver dañada su capacidad operativa. En atención a ello, la propuesta de reducción del gobierno no cerraba la posibilidad de conceder a esos mismos aviones, una vez estacionados fuera de España, autorizaciones para su entrenamiento en territorio español. Por parte estadounidense se argumentó también que un despliegue más avanzado del Ala 401 no resultaba conveniente porque podía comprometer su supervivencia en caso de conflicto. En contra se argumentó explicando que en los ejercicios de simulación de la OTAN se contemplaban tiempos de alerta que no hacían del despliegue avanzado un riesgo adicional.

Volver hoy sobre este debate, cuando el conflicto Este–Oeste se ha desvanecido y ninguna doctrina militar contempla un “teatro de guerra europeo” estaría fuera de lugar si no fuera porque la desaparición de la amenaza soviética, con cuyo crecimiento estuvo argumentando tres años la parte estadounidense, constituye un ejemplo manifiesto de hasta qué punto, ya sea por error o por interés, Estados Unidos puede sostener porfiadamente posiciones que luego terminarán mostrándose erróneas.

La insatisfacción de los negociadores estadounidenses con el comportamiento español se proyectó también al terreno financiero. La postura española implica que Estados Unidos perderá importantes inversiones realizadas en España y deberá afrontar importantes gastos para ubicar el Ala 401 en otro sitio, decían. Antes de que se concluyera el acuerdo de reducción, el Congreso de Estados Unidos hizo saber que no concedería al Pentágono fondos para el traslado del Ala 401.

España disponía de argumentos para hacer frente a las presiones implícitas en el planteamiento anterior. En primer lugar estaba el importante esfuerzo económico que se venía realizando para modernizar el material de las fuerzas armadas españolas y del que resultaban beneficiarios militares todos los aliados y beneficiario comercial, sobre todo, Estados Unidos. En segundo lugar estaba la decisión de renunciar a cualquier ayuda económica y militar en el nuevo convenio, lo que compensaba rápidamente posibles desembolsos para el traslado. En cuanto a la “pérdida de inversiones realizadas en España”, hubo que explicar a congresistas y negociadores estadounidenses que desde el Convenio de 1970 todas las instalaciones a que se referían eran de propiedad española y por lo tanto difícilmente podían “perder” lo que no era suyo.

Pecado original y futuro

En realidad, más allá de problemas de seguridad y de cuestiones económicas, lo que se estaba discutiendo entre España y Estados Unidos era cómo terminar con unas relaciones marcadas por un “pecado original” y comenzar otras mirando al futuro.

El gobierno español estaba diciendo a Estados Unidos que el modelo de relaciones que había establecido con Franco y que en lo esencial se había mantenido hasta ese momento, ya no era aceptable por más tiempo. La opinión pública española exigía un cambio y el gobierno estaba planteando en la negociación la propuesta de cambio que podía legitimar una nueva relación entre España y Estados Unidos. Desde el punto de vista estadounidense se trataba de decidir si esa oferta de futuro valía o no el precio de aceptar la propuesta española de reducción, que consideraban militarmente peligrosa para la seguridad y, en términos políticos, un reto para su liderazgo.

Esta cuestión decisiva no se resolvió hasta el 15 de enero de 1988 fecha en que Máximo Cajal, principal negociador español, leyó a la prensa un comunicado hispano-estadounidense en el que se anunciaba que Estados Unidos retiraría de España el Ala 401 en un plazo de tres años. Se decía también que habría un nuevo convenio de defensa en el que España continuaría permitiendo la utilización por Estados Unidos de otras instalaciones militares y que lo haría sin reclamar por ello asistencia militar o económica. El nuevo convenio sería por ocho años y contemplaría la utilización del territorio e instalaciones españolas en apoyo a los planes de refuerzo de la OTAN en caso de crisis y guerra. La cooperación en materia educativa, cultural, científica y tecnológica se regularía al margen del acuerdo de defensa.

La declaración conjunta sobre reducción, decía, “En cumplimiento de la decisión soberana del Gobierno de España, Estados Unidos retirará el Ala Táctica de Combate 401...”. La frase resultaba, en un sentido, rotunda. Afirmaba que Estados Unidos se atenía a la voluntad soberana de España, siendo así que la percepción más extendida sobre las relaciones hispano-estadounidenses durante los últimos decenios, había sido la de una relación en la que España no hacía gala de mucha voluntad soberana y Estados Unidos no se preocupaba mucho de respetar la que manifestaba. En otro sentido, la misma frase resultaba ambigua o inconclusa. Estados Unidos no manifestaba compartir la decisión española, ni siquiera que la hubiera aceptado de buen grado. Quedaba, pues, por ver con qué talante abordaban los estadounidenses el futuro de las relaciones con España. Eso empezó a poder apreciarse en la discusión del tema de la nuclearización.

Nuclearización

Rubottom y Carter dicen en su libro sobre las relaciones entre España y Estados Unidos, refiriéndose al Convenio de 1953, “el sentido común del alto mando español le hizo comprender desde el principio que la presencia de armas nucleares en territorio

español sería uno de los costes políticos de su conexión con Estados Unidos”³². Los submarinos Polaris empezaron a usar la base de Rota a comienzos de los años sesenta. La US Air Force estuvo sobrevolando España con armas nucleares hasta el accidente de Palomares en 1966. Como es sabido, el Tratado de 1976 previó la retirada de los submarinos nucleares de Rota, operación que culminó en 1979. Desde esta fecha el territorio español quedó libre de armas nucleares. En 1981, durante el debate de adhesión a la OTAN, las Cortes aprobaron una resolución en virtud de la cual se prohibía la instalación y el almacenamiento de armas nucleares en territorio español, quedando el gobierno comprometido a someter cualquier alteración a este respecto al acuerdo previo de las Cortes. Finalmente, en el referéndum de marzo de 1986 se decía: “se mantendrá la prohibición de introducir, instalar o almacenar armas nucleares en el territorio español”.

Estos antecedentes de la política española de no nuclearización tenían que encontrar adecuado reflejo en el nuevo convenio. En el Convenio de 1982 existía un artículo en el que se señalaba que la instalación y el almacenamiento en territorio español de armas nucleares o no convencionales o sus componentes quedarán supeditados al acuerdo del gobierno español. Éste consideró que en el nuevo convenio debía figurar el mismo artículo diciendo «la instalación, almacenamiento o introducción...», es decir, añadiéndole el término «introducción» que no figuraba en el Convenio de 1982 pero sí en los términos del referéndum. Los negociadores estadounidenses reclamaron inmediatamente una clarificación de lo que el gobierno español entendía por «introducción de armas nucleares en territorio español» y aquí se desató un rosario de sospechas y malentendidos que solo pudo resolverse proclamando abiertamente lo que venía siendo una práctica consagrada pero nunca declarada.

Así, el artículo 112 del Convenio, tal y como deseaba el gobierno español, estableció: «La instalación, almacenamiento o introducción en territorio español de armas nucleares o no convencionales o sus componentes, quedarán supeditados al acuerdo del Gobierno español»³³. Pero en un apéndice del Convenio relativo a normas sobre escalas de buques se precisó que: «Ambos Gobiernos otorgarán las autorizaciones reguladas en el presente anejo sin solicitar información sobre el tipo de armas a bordo de los buques»³⁴. Finalmente hay un intercambio de cartas por el que se comunica que «es política del Gobierno español que no sobrevuelen España aeronaves con armamento y material nuclear a bordo, y cualquier cambio en esta política exige el consentimiento del Gobierno de España»³⁵, y se responde que «los Estados Unidos respetan plenamente la política del Gobierno español»³⁶. Este tríptico de compromisos establecidos en el Convenio de 1989 constituye la esencia de la política española de no nuclearización. Una política en la que Estados Unidos asume unas limitaciones para el movimiento, emplazamiento y utilización de sus armas nucleares, que no tiene contraídas con ningún otro país. Pero también una política en la que el gobierno español abre la posibilidad de que barcos norteamericanos armados nuclearmente atraquen en puertos españoles. Posibilidad ésta que muchos españoles pensaban que había quedado excluida por la prohibición de introducir armas nucleares, aprobada en el referéndum de la OTAN.

Algo que añadir a las viejas percepciones

Por lo que se refiere a la evolución de las percepciones mutuas entre España y

³² *Spain and the United States...* p.58

³³ Convenio entre el Reino de España y los Estados Unidos de América sobre Cooperación para la Defensa, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1989, p. 20.

³⁴ *Idem*, p.61

³⁵ *Idem*, p. 110

³⁶ *Idem* p.111

Estados Unidos ¿qué cabe extraer de esta experiencia? En términos escuetos creo que esa prolongada negociación introdujo dos ingredientes importantes en las percepciones dominantes en los tiempos de la transición:

1) dotó al acuerdo bilateral de defensa entre España y Estados Unidos de una legitimidad que antes no tenía ante los españoles y

2) reveló a los estadounidenses que negociar con la España democrática era algo que podía resultar muy distinto de lo que había supuesto negociar con la España de Franco.

Cabe pensar que esa experiencia concedió legitimidad a las relaciones hispano-estadounidenses, ya que el Congreso de los Diputados aprobó el Convenio sobre Cooperación para la Defensa entre España y Estados Unidos, el 9 de marzo de 1989, con 279 votos a favor, 11 en contra y 24 abstenciones. Los dos principales partidos, PSOE y Coalición Popular (hoy PP), apoyaron el convenio. También lo apoyaron los principales partidos nacionalistas de Euskadi -el PNV- y de Cataluña -CiU-. El CDS se abstuvo. Izquierda Unida y Euskadiko Ezkerra, votaron en contra.

También es cierto que, junto al respaldo mayoritario, el Convenio recibió duras críticas por parte de algunos partidos minoritarios. Once votos en contra fueron muy pocos votos, pero es más que probable que los que votaron en contra expresaran ideas y sentimientos compartidos mucho más allá de su electorado. Por ejemplo, la idea de que el convenio era demasiado continuista y tributario del pasado; la sensación de que la solución adoptada en el tema de las escalas de buques no resultaba congruente con la prohibición de introducir armas nucleares establecida en el referéndum; y, sobre todo, la arraigada percepción de que un vínculo militar con Estados Unidos no produce seguridad sino que crea riesgos.

Desde el lado estadounidense el resultado de las negociaciones fue recibido en términos negativos o, en el mejor de los casos, con *mixed feelings*. Por un tiempo la administración estadounidense habló de *disappointment* y repitió *you have kicked out our planes*. Parte de este malestar se disipó durante la guerra del Golfo en 1991 cuando España ofreció a Estados Unidos facilidades logísticas que Franco nunca le había concedido para otras intervenciones en Oriente Medio. Pero quedaba el hecho de que negociar con Franco siempre resultó más cómodo y más rentable. Así que no cabía descartar que, en nuevas circunstancias, Washington volviera a intentar recuperar el terreno que esta vez había cedido. La negociación del Convenio de 1989 había llevado a Estados Unidos a aceptar que su evaluación de la amenaza no tenía por qué ser compartida y otro tanto su concepto de seguridad, y que una cosa era la solidaridad entre aliados y otra diferente que el aliado débil tuviera que subordinarse al más fuerte. Fue un presidente “duro” como Reagan quien aceptó estas cosas y, si bien ello permitía cierto optimismo, dado su gran alcance podía resultar ingenuo considerar establecidos esos precedentes.

Hablando del mundo

Durante los años ochenta y noventa, la agenda de consultas y discusiones entre las administraciones española y estadounidense incluyó otras cuestiones susceptibles de influenciar la opinión pública como la construcción europea y las relaciones transatlánticas, Latinoamérica y Oriente Medio, además de los temas comerciales y económicos en general.

Construcción de la Unión Europea y relaciones transatlánticas

Concluida la Guerra Fría, el avance de la construcción europea y la redefinición de las relaciones transatlánticas pasaron a ser cuestiones de gran trascendencia, no sólo para los europeos, sino también para Estados Unidos. Desde el primer momento

Washington dejó claro su interés a este respecto, que Baker enunció con claridad a finales de los años ochenta³⁷ diciendo que la Unión Europea debía ofrecer a Estados Unidos la oportunidad de participar en la toma de las decisiones que afectasen a sus intereses. Mucha agua ha discurrido desde entonces bajo los puentes de Bruselas, entre otra la acarreada por las negociaciones CFE, por la renovación y ampliación de la OTAN, por decisiones de la CSCE, por la aprobación de los Tratados de Maastrich y Niza, por las negociaciones para la ampliación de la Unión y por las intervenciones militares en Bosnia y en Kosovo, por no hablar de las negociaciones comerciales y económicas en general. Estados Unidos no ha estado siempre de acuerdo con sus interlocutores europeos, pero una pauta importante que se mantuvo vigente fue que, tanto para presionar como para ceder, los países miembros de la Unión actuaron unidos a la hora de tratar con Estados Unidos. Esta pauta conoció excepciones en algunos temas de política exterior, pero esas cuestiones fueron abordadas como problemas que dificultaban el desarrollo de la política exterior y de seguridad común y siempre se evitó que aparecieran como retrocesos de ésta. Durante todo este largo recorrido, España, aún con gobiernos diversos, fue uno de los miembros de la Unión más caracterizado por contribuir a lo anterior, es decir, por preservar siempre y fortalecer cuando era posible la construcción de la Unión y en concreto de su PESC. Esta línea de comportamiento contó siempre con un respaldo ampliamente mayoritario de la opinión pública española.

Ahora bien, cuanto más perseverante se mostraba la Unión Europea en esa línea de actuación, mayores inquietudes suscitaba en Estados Unidos, en particular entre figuras destacadas del partido republicano. En el libro que publicó en 2001³⁸, Kissinger ya daba clara y razonada cuenta de ello. Rompiendo con el lenguaje político al uso, en ese libro el ex Secretario de Estado parte de que las relaciones transatlánticas están marcadas por la controversia. Los europeos, critica, se disocian de la política americana fuera del área OTAN; algunos se permiten atacar públicamente decisiones estratégicas de Estados Unidos como la relativa a defensa antimisiles; los hay que plantean la integración de la Unión Europea como un contrapeso a la influencia de Estados Unidos; incluso hay europeos que conciben una relación institucional entre Rusia y la Unión Europea tan o más próxima que la que hay entre la Unión Europea y Estados Unidos. Por otra parte, añade que entre ambos lados del Atlántico abundan las controversias comerciales alentadas por influyentes grupos de interés y las políticas de abastecimiento energético tienen enfoques distintos. Nada de esto debe ser tomado a la ligera, advierte, porque para alterarlo habrá que hacer sacrificios y la política occidental está dominada hoy por el afán de alcanzar satisfacciones inmediatas.

Kissinger proclama que Europa ya no es lo que era: ya no hay URSS y eso desdibuja las inclinaciones expansionistas de Rusia; Alemania está unificada y eso le replantea la tentación de desarrollar una relación especial con Rusia; y la Unión Europea está creando una identidad europea sin aclarar cuanto espacio dejará a la cooperación transatlántica. Se queja de que cuando Estados Unidos negocia con los europeos se encuentra con posiciones escasamente flexibles elaboradas en la Unión Europea; así ocurre, dice, en las negociaciones económicas y comienza a extenderse a las políticas. Kissinger considera que estos son cambios mayores y que limitarse a creer que una Europa más unida y más fuerte se traducirá en una relación atlántica más vital es confundir deseos con realidades. Europa, afirma, también puede desentenderse de responsabilidades globales y concentrarse en competir económicamente con Estados

³⁷ James Baker, *A New Europe and a New Atlanticism: Architecture for a New Era*, 12 de diciembre de 1989, Berlín.

³⁸ Henry Kissinger, *Does America needs a Foreign Policy. Towards a Diplomacy for the 21th Century*, Simon and Schuster, New York, 2001.

Unidos, o puede ocurrir que una Europa más integrada desarrolle una política dirigida a mediar entre Estados Unidos y diversas naciones del mundo, lo que, a juicio de Kissinger, equivale a rivalizar con Washington.

Kissinger sabe que la evolución futura de Europa dependerá del tipo de integración que lleve a cabo la Unión Europea y contempla tres posibilidades: la Unión Europea supranacional (de Fischer), la Unión Europea a varias velocidades con núcleo duro (de Chirac) y la Unión Europea confederal sin núcleo (de Blair). Proclama que en eso Washington no tiene voz, pero recuerda que sí tiene interés y deja claro que a Estados Unidos le interesa una Unión Europea que sin abdicar de sus responsabilidades internacionales, tampoco asuma compromisos propios que le lleven a rivalizar con Estados Unidos. Este planteamiento no deja espacio a la visión de que el interés de Europa se verá mejor servido si la Unión Europea asume responsabilidades globales en primera persona (no como subalterna de Estados Unidos) y que sean conformes a su propio perfil de intereses (que no siempre coincide con el de Washington). Y quizá por eso Kissinger es claro hasta la amenaza y dice que la Unión Europea debe saber que Estados Unidos no va a permanecer pasivo si ve que sus políticas son cuestionadas, añadiendo que algunos países europeos nunca aceptarían un progresivo alejamiento de Estados Unidos y antes pondrían en cuestión la unidad de la Unión Europea para evitar los riesgos que conllevaría esa divergencia.

Tras la famosa declaración de Rumsfeld sobre la “vieja Europa”, esa amenaza de Kissinger ya no supone ninguna novedad, aunque ha ganado en elegancia, pero conviene recordar que Kissinger lo dijo en 2001. Conviene recordarlo porque, visto adonde han llegado las cosas, hay que preguntarse si durante los años ochenta y noventa los españoles, que apoyaron ampliamente la política de construcción europea que practicaron sus gobiernos, estaban apoyando lo que preocupaba a Kissinger o lo contrario. Todo apunta a que la respuesta correcta es la primera, es decir, que una mayoría de españoles estuvieron apoyando el proyecto de una Unión Europea más independiente de Estados Unidos. Y en términos más nacionales, una política exterior que, desde un marco europeo, fuera permitiendo a España asentar su autonomía frente a Estados Unidos, especialmente en lo que se refiere a su actuación en Latinoamérica y Oriente Medio.

Latinoamérica y Oriente Medio

Durante los años ochenta España no solo discrepó con Estados Unidos en lo que a su retirada de Torrejón se refiere, también lo hizo sostenidamente respecto a Centroamérica. Discutir con Estados Unidos sobre Centroamérica no es fácil, pues su intervencionismo militar en esta región tiene una larga tradición. Ya en 1904, Roosevelt decía que «ante los errores crónicos y la impotencia de algunas naciones del Hemisferio Occidental, Estados Unidos... son la nación civilizada llamada a ejercitar un poder de policía internacional»³⁹. Y desde entonces Washington ha estado aplicando en sus relaciones con los países latinoamericanos un estándar (el estándar del *backyard*) diferente del que usa en otras partes del mundo. En la percepción estadounidense eso parece «natural», pero desde España se ve como algo manifiestamente injusto.

Durante la década de los ochenta España y Estados Unidos sostuvieron visiones muy diferentes sobre la crisis que padecía Centroamérica. Para el gobierno español se trataba de una crisis regional cuyas raíces estaban en las grandes injusticias económicas y sociales de la región. En consecuencia con ello, postulaba una solución a la que debía llegarse mediante negociaciones entre los países del área. Para la administración Reagan, sin embargo, la crisis centroamericana era consecuencia de la

³⁹ *The Record of American Diplomacy*, ed. Barlerr, 4th ed., New York, 1964, p. 539.

actividad sandinista y ésta un peón del juego de la URSS en el conflicto global Este-Oeste. Vistas las cosas así, Washington consideraba que los instrumentos adecuados de actuación en la región eran militares, en concreto, armar y respaldar a la “contra” en Nicaragua, ofrecer ayuda militar a los gobiernos locales de su confianza y, en último extremo, intervenir militarmente de forma directa. De llegar a ocurrir esto último, España se hubiera encontrado ante la difícil opción entre denunciarlo, deteriorando sus relaciones con Estados Unidos, o transigir, perdiendo credibilidad ante los pueblos latinoamericanos.

En un delicado ejercicio, lo que hizo España fue poner en marcha una política de sostenimiento de las iniciativas pacificadoras que surgieron en la región, como la del Grupo de Contadora y los Acuerdos de Esquipulas, así como promover el respaldo político y económico de la Unión Europea a esas iniciativas. Esto, y explicar una y otra vez en Washington que lo que estaban haciendo resultaba contraproducente para los fines que proclamaba. Con este enfoque, si la crisis centroamericana terminaba encontrando solución a través de iniciativas diplomáticas, España vería reforzada su posición ante Estados Unidos y las fuerzas políticas centroamericanas; pero si los acontecimientos tomaban un giro violento, la posición de España sufriría daños. Fue ésta una política no exenta de cierto suspense y de momentos tensos, como cuando España protestó por el minado de los puertos nicaragüenses o se opuso en Naciones Unidas a la ayuda estadounidense a la “contra”. El desenlace estuvo a la altura de la intriga: la candidata que apoyaba Washington ganó en Nicaragua unas elecciones convocadas por los sandinistas; Estados Unidos desconfiaba de esas elecciones y fue tarea de España convencer a los sandinistas de que debían convocarlas y a Estados Unidos de que debía respetar sus resultados.

El citado desenlace de las elecciones nicaragüenses, combinado con el cambio de clima internacional a partir de 1990, abrió paso a una etapa nueva en la situación centroamericana y en la actuación española en la que se situaron en primer plano los procesos de reconciliación nacional en la región. España desempeñó en ellos un papel notable, ya que su trayectoria le había dotado de una capacidad de interlocución tanto con los gobiernos como con los insurrectos. Así, en Nicaragua, el grupo de observadores de Naciones Unidas, ONUCA, encargado entre otros temas, de la desmovilización de la “contra”, tuvo al frente un general español. España también asesoró en la reducción y reorganización del Ejército Popular Sandinista y de las Fuerzas Armadas de Honduras. Para impulsar las negociaciones de paz en El Salvador se constituyó el “Grupo de Amigos del Secretario General” de Naciones Unidas, en el que estaba España junto a México, Venezuela y Colombia y el proceso se cerró con éxito a finales de 1991, tras la colaboración indirecta de este grupo con Estados Unidos. La fuerza pacificadora de Naciones Unidas en El Salvador también estuvo a las órdenes de un general español.

Con sobriedad se puede decir que el balance final de la experiencia centroamericana fue positivo para todos, para los países de la región, para Estados Unidos y para España. Pero en Washington, a la dulzura de los resultados se sumaba el punto amargo de que España, una y otra vez, le había estado llevando la contraria. Como se la volvió a llevar votando favorablemente la resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas que en 1989 condenó la invasión estadounidense de Panamá.

Algo parecido, aunque menos acentuado, cabe decir del diálogo entre España y Estados Unidos respecto a Oriente Medio. Tras las primeras elecciones democráticas, el gobierno de España (que fue de la UCD) confirmó su respaldo a las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y a las resoluciones 3236 y 3237 de la Asamblea General, en las que se reconoce la identidad del pueblo palestino y su derecho a la autodeterminación y la representatividad de la OLP. Esto

ya lo había hecho Franco, pero Adolfo Suárez dio un paso más allá y en 1979 invitó a Madrid a Yasser Arafat. En aquellos tiempos Washington consideraba a Arafat y a la OLP terroristas, por lo que esta iniciativa no le complació precisamente. El rasgo más característico de la posición española ante el conflicto entre judíos y palestinos era no mantener relaciones con el Estado de Israel, actitud que se prolongó hasta 1986. Al restablecer relaciones diplomáticas con Israel, Madrid dejó claro en una declaración unilateral que le movía a ello el deseo de contribuir a la búsqueda de una solución pacífica al conflicto de Oriente Medio que debía partir de las resoluciones 242 y 338 y tomar la forma de “paz por territorios” compatibilizando el derecho de Israel a contar con fronteras seguras y el derecho palestino a la autodeterminación. A partir de ese momento, España promovió esta posición en la Unión Europea. Tuvieron que pasar cinco años más para que, tras la Conferencia de Madrid de 1991, esta posición fuera asumida por Washington. Fue Estados Unidos quien, contando con el acuerdo de los palestinos e israelíes, propuso que la conferencia se celebrara en Madrid, lo que hizo visible que España, con su posición había sido capaz de ganar la confianza de ambas partes y de Estados Unidos.

De nuevo estamos ante un resultado de sabor dulce pero que, para quienes en Washington no estaban acostumbrados a que les llevaran la contraria, también tenía ribetes amargos. No se trataba sólo de las relaciones con Arafat, España también se había distanciado de Estados Unidos en 1986 cuando no permitió que utilizara bases en España para bombardear Trípoli y Bengasi (Libia), y en 1990, junto con Italia, había propuesto la celebración de una Conferencia de Cooperación y Seguridad en el Mediterráneo (iniciativa que terminaría dando lugar a lo que se conoce como Proceso de Barcelona), algo que en principio tampoco gustó en Washington porque Estados Unidos no era miembro de la misma.

Comercio e inversiones

El turismo, las inversiones y el comercio son, sin duda, flujos que influyen sobre las percepciones que unos países tienen de otros. Pero no mucho en el caso de España y Estados Unidos porque, pese a la dimensión económica de Estados Unidos, todos estos flujos son débiles. Durante los años ochenta y noventa la entrada de turistas en España no ha dejado de crecer, pero ese crecimiento ha procedido de Europa, que aporta el 90% y poco o nada de Estados Unidos. En cuanto a inversiones extranjeras en España, de nuevo los países europeos se llevan la cuota del león, un 69%, mientras Estados Unidos se sitúa en torno al 17%. Las cifras de comercio entre España y Estados Unidos también son débiles. Más del 70% de las exportaciones españolas van dirigidas a la Unión Europea y Estados Unidos sólo recibe del orden de un 5% de las exportaciones españolas. En cuanto a las importaciones españolas, la Unión Europea le suministra el 64% y Estados Unidos un 7%⁴⁰. Estos datos no permiten esperar un fuerte efecto de las transacciones económicas sobre las percepciones mutuas entre España y Estados Unidos y ponen de manifiesto, en un terreno cuantificable, la vigencia de lo que antes hemos llamado mutua inclinación latente al olvido.

¿Dónde estamos y adónde vamos?

Hasta aquí las percepciones mutuas entre españoles y estadounidenses se han caracterizado en términos cualitativos. Hoy contamos con sondeos regulares de la opinión pública española en materia de política exterior, como los del INCIPE⁴¹ y los Barómetros del Real Instituto Elcano⁴², que permiten someter al contraste de datos

⁴⁰ Anuario Internacional CIDOB 2001, pp. 132, 135 y 139.

⁴¹ Los resultados de su quinto sondeo de 2002 están publicados en *Informe INCIPE 2003*

⁴² Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos. *Barómetro del Real Instituto Elcano, BRIE* de diciembre de 2002, de marzo de 2003 y junio 2003.

empíricos la estimación cualitativa de percepciones que se ha presentado en las páginas anteriores (estimación que en lo esencial fue formulada hace catorce años⁴³). Esto mostrará su vigencia u obsolescencia y ofrecerá indicaciones sobre el realismo de cualquier política que para asentarse sólidamente requiera un cambio profundo en las percepciones entre españoles y estadounidenses.

Lo que dicen los números

Percepción general de Estados Unidos por los españoles

Empezando por la apreciación de que en los tiempos de la transición en la percepción española de Estados Unidos dominaban los factores negativos, encontramos que los datos cuantitativos disponibles muestran que una percepción negativa sigue hoy vigente. Así, el BRIE⁴⁴ revela que en junio de 2003 la percepción no favorable de Estados Unidos entre los españoles alcanza el 61% (frente a un 33% con percepción favorable). El resultado presenta sesgos hacia la izquierda, entre los universitarios y entre los jóvenes, lo que apunta a que la citada percepción no va a cambiar de signo con facilidad en el futuro.

Lo mismo viene a decir la respuesta que encuentra una pregunta del estudio del INCIPE⁴⁵ en la que se pide a los españoles que valoren la estima que les merecen una serie de países. Estados Unidos obtiene una valoración del 4,72 que le coloca en la decimosexta posición, igualado con Egipto y por detrás de Alemania, Portugal, Suiza, Italia, Argentina, Suecia, Canadá, Francia, México, Gran Bretaña, Japón, Cuba, China y Rusia. Cabe destacar, además, que entre 1991 y 2002 la valoración de Estados Unidos ha seguido un curso descendente, lo que confirma la dificultad de que ésta mejore si no median hechos importantes.

El estudio del INCIPE⁴⁶ también pregunta qué países amenazan la paz de España y en las respuestas Estados Unidos aparece en primer lugar (seguido de la URSS y Marruecos), en 1987 también en primer puesto (seguido de Marruecos y de la URSS), en 1991 el tercero (precedido de Marruecos y Argelia), en 1992 en tercer lugar (también precedido de Marruecos y Argelia), en 1995 y 1997 Estados Unidos no figura entre los tres primeros, y en 2002 Estados Unidos vuelve a aparecer en tercer lugar (tras Marruecos e Irak). Quienes manifiestan que Estados Unidos amenaza la paz de España son siempre una minoría, en concreto en 2002 un 15,7%, pero esta serie de respuestas revela que, aunque no estamos en el siglo XIX, cuando los españoles que opinaban así eran probablemente una mayoría, una parte no despreciable de esa percepción todavía persiste.

Percepción de la actitud de Estados Unidos hacia España

Los estudios que estamos siguiendo presentan respuestas a otras cuestiones que permiten evaluar la vigencia de otra percepción de los españoles también señalada antes como característica durante la transición, a saber, que la democracia española importa poco en Washington. En efecto, el BRIE⁴⁷ pregunta a los encuestados si, al hacer su política, Estados Unidos tiene en cuenta los intereses de España y el 79% de los españoles responden negativamente. De nuevo las respuestas presentan un sesgo más negativo entre los jóvenes, la izquierda y los universitarios.

Lo anterior toma perfiles más concretos cuando la pregunta es qué opinión les merece a los españoles la presencia de fuerzas militares estadounidenses en España. A este

⁴³ Carlos Alonso Zaldívar, *España y Estados Unidos*, Anuario CIDOB 1989, pp. 31-51

⁴⁴ BRIE de junio 2003, pp. 11 y 12

⁴⁵ INCIPE 2003, pp. 43 y 44

⁴⁶ INCIPE, p. 99

⁴⁷ BRIE de marzo 2003, p. 25

respecto, tras analizar la negociación y aprobación del Convenio de Defensa de 1989, apunté la idea de que esta presencia de fuerzas militares estadounidenses había ganado una legitimidad que antes los españoles no le concedían. El estudio del INCIPE⁴⁸ ofrece la siguiente tabla de datos que permiten evaluar cuantitativamente esa apreciación.

Porcentaje de españoles que se muestran partidarios de mantener, reducir o acabar con la presencia de fuerzas militares estadounidenses en España

Año	mantener	reducir	acabar	ns/nc
1991	17,9	21,5	48,1	12,6
1992	15,2	21,0	45,3	18,4
1995	18,0	22,9	37,3	21,8
1997	20,0	24,7	30,3	25,2
2002	6,8	30,1	31,9	11,2

Salta a la vista que en 1991, dos años después de la entrada en vigor del Convenio de 1989, la actitud claramente mayoritaria de los españoles continuaba siendo favorable a la desaparición de las bases y el autor reconoce que sobrestimó la legitimidad que había logrado su presencia con el nuevo Convenio. De todas formas, la serie muestra que con el paso de los años la aceptación de las bases ha ido creciendo, aunque todavía en 2002 el criterio mayoritario sigue siendo favorable a que desaparezcan. A la vista de esto cabe decir que, si el Convenio de 1989 abrió un proceso de legitimación de esa presencia militar estadounidense en España, dicho proceso se está revelando lento y receloso y que tanto puede consolidarse como invertirse.

Una indicación positiva a este respecto viene dada por el hecho de que en 2002 tuvo lugar la renovación del convenio de 1989 sin que, por ninguna de las partes, se cuestionaran sus fundamentos y que el Convenio renovado mereció un amplio refrendo parlamentario sin que su aprobación diera lugar a muestras extraparlamentarias de rechazo; todo ello pese a que, como se ha indicado, aún hoy una mayoría de españoles prefiere que desaparezca la presencia militar estadounidense de España.

Otro dato que ofrece INCIPE⁴⁹ indicativo de la complejidad de este proceso se refiere a la valoración de cómo han llevado los gobiernos de España las relaciones con Estados Unidos. Esta valoración comienza en 1991, asciende en 1992, desciende acusadamente en 1995, vuelve a ascender acusadamente en 1997 y desciende en 2002, manteniéndose positiva durante toda la serie temporal. Cabe interpretar esta valoración positiva como respaldo a una política que, al menos hasta 2003, como se dijo se caracterizó por estar dirigida a asentar el margen de autonomía de España frente a Estados Unidos.

Visión española sobre el poder en las relaciones internacionales

El BRIE⁵⁰ pregunta a los españoles ¿qué es lo que determina el grado de poder o influencia de un país en el mundo: su poder [sic] militar o su potencia económica?, y la mayoría responde que la economía (71%) mientras que una minoría (18%) dice que la capacidad militar. Este resultado es próximo al que ofrece la media de la Unión

⁴⁸ INCIPE, p. 107

⁴⁹ INCIPE, p. 52

⁵⁰ BRIE marzo 2003, p. 35. En el BRIE de junio 2003 a una pregunta semejante pero en la que se ofrecen más posibilidades de respuesta, los españoles valoran en primer lugar el desarrollo económico (44%), seguido de la capacidad militar (31%), la ciencia y la tecnología (7%) y otros factores.

Europea (85% y 11%) y se distancia algo de la opinión de los estadounidenses entre quienes, aunque son más los que centran el poder en lo militar (27%), también resultan una minoría (el 66% señala la economía). Comentando este resultado, los autores del BRIE dicen que “Como señala Robert Kagan, Estados Unidos son Marte y Europa es Venus”. A la vista de los números, más bien se podría decir que, cuando opina que lo que *determina* el poder de un país en el mundo es su capacidad militar, Kagan es un marciano; ya que la mayoría de los terrestres, incluidos los estadounidenses, opinan que lo que *determina* el poder es la capacidad económica.

Otro apartado del BRIE está dedicado a sondear la opinión de los españoles sobre el poder relativo de diferentes países incluido España. En una escala de uno a diez, los resultados son los siguientes: Estados Unidos 8,8; Alemania 6,6; Reino Unido 6,5; Francia 6,2; China 6,1; Rusia 5,9; España 4,3 igual que Italia y más que Polonia, Brasil o Corea del Sur⁵¹. En el BRIE de junio 2003⁵² se repite la pregunta y los resultados son muy semejantes (EE.UU. 8,9; RU 6,4; Francia 6,1; China 6; Rusia 5,8) pero no se pregunta por Alemania, sin decir por qué. En esta evaluación España asciende al 4,9.

Percepción española del poder de Estados Unidos

Volviendo a las percepciones españolas sobre el poder de las naciones, según el BRIE⁵³ nos encontramos con que los españoles perciben un mundo en el que los siguientes actores tienen el poder que se indica: Estados Unidos 8,8; la Unión Europea 7,3; China 6,1; Rusia 5,9. Una visión que es muy parecida a la percepción media de los europeos: Estados Unidos 8,9; la Unión Europea 7,1; Rusia 6,0; China 5,8 y que no está muy alejada de la que tiene los propios ciudadanos de Estados Unidos: Estados Unidos 9,1; China 6,8; la Unión Europea 6,7; Rusia 6,5.

Estas cifras sugieren las siguientes observaciones. Primero, las tres visiones presentan un mundo multipolar⁵⁴ sin que ni españoles, ni europeos, ni estadounidenses vean por ninguna parte un mundo unipolar (y eso a pesar de que desde hace dos años cantidad de medios de comunicación se dedican a propagar esa idea). Como Kagan, los unipolaristas de a pie deben estar en Marte. Segundo, a diferencia de la visión española y de la visión media europea, la visión estadounidense concede más peso a China que a la Unión Europea y establece menos distancia entre la Unión Europea y Rusia. Tercera, en la ponderación interna de los países europeos, la visión española (Alemania 6,6; Reino Unido 6,5; Francia 6,2), valora más a Alemania y Francia de lo que lo hace la visión media europea (Reino Unido 6,4; Alemania 6,2; Francia 5,8) y la estadounidense (Reino Unido 7,0; Alemania 6,1; Francia 5,4)⁵⁵.

La visión española sobre el poder relativo de los principales actores de la vida

⁵¹ BRIE marzo 2003, p. 35 y 36. Resulta chocante que el BRIE diga, “Cabe concluir que [los españoles] hacemos una valoración bastante realista de nuestro peso en el mundo”. Si realista es pensar que Estados Unidos (teniendo 16 veces el PIB de España, 6 veces su población, 30 veces su presupuesto de defensa y suma y sigue) solo tiene el doble de poder que España, así sea. Pero entonces mal lo tienen quienes insisten en convencer a los españoles de que el poder de Estados Unidos es hoy día tan manifiestamente superior al de cualquier otro país que no cabe otra política sensata que acomodarse a sus dictados.

⁵² BRIE junio 2003, p. 37

⁵³ BRIE diciembre 2002, pp. 40 y 41

⁵⁴ No parece exagerado hablar de visión multipolar cuando la percepción del poder de Estados Unidos es solo un 17% mayor que la de la Unión Europea o un 30% mayor que la de China. Pese a ello, el BRIE de junio 2003, en el que, sin decir por qué, no se pregunta sobre el poder de la Unión Europea, dice que la “puntuación de Estados Unidos [8,9] está a gran distancia de los siguientes más poderosos [Reino Unido, 6,4]”.

⁵⁵ Si cabe un comentario del autor, diría que quienes parecen tener una visión más realista de las relaciones de poder en el mundo son los estadounidenses.

internacional se completa con los datos del BRIE⁵⁶ que indican que el 62% de los españoles desean una Unión Europea más independiente de Estados Unidos, mientras que solo el 28% desean que siga igual. Estas cifras no se alejan demasiado de la media del Reino Unido (44 frente a 48%), Italia (59 frente a 36%), Alemania (51 frente a 44%) y Francia (60 frente a 33%). Y unas y otras justifican la preocupación de Kissinger por una Europa orientada a desarrollar una política común dirigida a mediar entre Estados Unidos y diversas naciones del mundo.

Percepción española de la actuación de Estados Unidos

El BRIE⁵⁷ incluye preguntas cuyas respuestas perfilan la opinión española sobre cómo utiliza Estados Unidos su poder. Preguntados sobre si Estados Unidos tiene en cuenta a España, ya se dijo que el 79% responde negativamente. Preguntados si Estados Unidos hace demasiado poco por ayudar a resolver los problemas internacionales, el 46% opina que, en efecto, hace demasiado poco. Preguntados si las políticas de Estados Unidos aumentan la distancia entre países pobres y ricos, el 67%, responde que sí. En general, las respuestas negativas presentan un sesgo hacia los jóvenes, los universitarios y la izquierda.

Estas respuestas confirman que entre los españoles sigue existiendo la percepción de que Estados Unidos se comporta injustamente en el ámbito internacional. Algo que, páginas atrás y referido sobre todo a Latinoamérica, se señaló como una de las percepciones fuertes de los españoles en los tiempos de la transición. También esta vieja percepción continúa vigente.

A la vista de lo anterior nada tiene de extraño que cuando se pregunta a los españoles la opinión que les merece el liderazgo de Estados Unidos en las cuestiones internacionales⁵⁸, el 69% responda que es indeseable y el 22% que es deseable. Este dato viene a indicar que, pese a que la Guerra Fría y su cultura bipolar están hoy evaporadas, el comportamiento posterior de Estados Unidos no ha merecido a los españoles la confianza que todo líder necesita. Sobre otras implicaciones de este dato volveremos más adelante.

¿Qué les gusta y no les gusta a los españoles de Estados Unidos?

También sobre este tema me aventuré en páginas anteriores a adelantar apreciaciones cualitativas que ahora someto al contraste de los números. El BRIE de marzo 2003 presenta datos procedentes de una encuesta propia⁵⁹ e igual a las realizadas por el *Global Attitudes Project* del *Pew Research Center for People and the Press*. Los datos dejan claro que hoy continúa vigente la positiva apreciación que tienen los españoles del hacer científico y tecnológico de Estados Unidos (el 66% de los españoles lo admira y solo un 27% no) así como de su música, cine y televisión (al 60% le gusta y al 28% no). No se sostiene, sin embargo, mi apreciación de que también la democracia estadounidense era del gusto de los españoles; la encuesta revela que sólo le gusta al 31% mientras que al 50% no le gusta. Mayor es el disgusto de los españoles con la forma estadounidense de hacer negocios y llevar la economía; a un 53% no le gusta y a un 26% sí. En este mismo sentido cabe anotar que el 57% de los españoles consideran malo que las ideas y costumbres de Estados Unidos se extiendan por el mundo⁶⁰.

⁵⁶ BRIE diciembre 2002, pp. 43 y 44. Lástima que esta pregunta no se hace en los BRIE de marzo y junio 2003.

⁵⁷ BRIE de marzo 2003, p. 25

⁵⁸ BRIE de junio 2003, p. 12. En el BRIE de diciembre de 2002 los resultados son 62% y 26%, p. 41

⁵⁹ BRIE marzo 2003, pp. 47 y 48

⁶⁰ El BRIE se sorprende de que “los jóvenes, los mayores consumidores de la cultura de masas norteamericana, [sean] los que más rechazan la hegemonía cultural”. Quizá no se han parado a reflexionar por qué en todo el mundo islámico los jóvenes que disfrutan (o les gustaría disfrutar) con Coca Cola, Big

Y, siempre en la misma encuesta, aparecen una serie de preguntas sobre actuaciones de Estados Unidos que tampoco gustan a los españoles: un 67% considera que fomenta la desigualdad entre países ricos y pobres; el 46% que se desentiende de los problemas internacionales que no le interesan; y, como ya se ha dicho, un 79% que no toma suficientemente en consideración los intereses de España.

Todos estas respuestas son bastante próximas a la media de las que dan británicos, franceses, italianos y alemanes, salvo en un aspecto en el que hay diferencias notables. Es el que se refiere al grado en que Estados Unidos a la hora de tomar decisiones de política internacional tiene en cuenta los intereses de España. Solo un 13% de los españoles considera que lo hace mucho o bastante, mientras que la media de los otros países europeos se sitúa en el 38%. Esta diferencia nos devuelve a otra sobre el liderazgo, que hemos dejado atrás y que ahora se retomará para analizar ambas.

Percepciones españolas y percepciones europeas

Como se ha dicho más arriba, los porcentajes de respuesta de los españoles a preguntas relativas a su actitud respecto a Estados Unidos resultan próximas a la media de los restantes europeos en todos los casos salvo dos excepciones. Una es cuando se pregunta sobre el liderazgo de Estados Unidos, que el 62% de los españoles considera indeseable, mientras que sólo resulta indeseable para el 25% de los británicos, el 48% de los franceses, el 27% de los alemanes y el 36% de los italianos (media del 34%)⁶¹. La otra cuando se pregunta si al tomar decisiones de política internacional Estados Unidos tiene en cuenta los intereses de España, a lo que solo un 13% de los españoles responde afirmativamente, mientras que el 44% de los británicos, el 36% de los italianos, el 31% de los franceses y el 53% de los alemanes consideran que Estados Unidos sí toma en consideración los intereses de sus respectivos países (la media es el 41%). En uno y otro caso la diferencia es de unos 30 puntos, cifra abultada que contrasta con las otras muchas coincidencias citadas.

¿A qué puede deberse? A diferencia de otras preguntas dirigidas a medir la apreciación que merecen aspectos bastante contrastables de Estados Unidos, como su democracia, cultura, economía, ciencia o actuaciones internacionales específicas, las dos que comentamos sondan sobre todo el nivel general de confianza o desconfianza en Estados Unidos de quien contesta. No parece disparatado pensar que las respuestas a esas preguntas encierran una componente histórica que no aparece con tanta fuerza en las otras. De ser así, resulta coherente que los españoles muestren más desconfianza que otros europeos, pues, como se subrayó páginas atrás, España tiene un largo pasado de conflictos con Estados Unidos y además estuvo ausente de momentos, como la emigración a Estados Unidos, el encuentro en los campos de combate europeos durante las guerras mundiales o la recepción de la ayuda del plan Marshall tras la Segunda Guerra mundial, en los que se forjaron importantes vínculos de confianza y solidaridad entre Estados Unidos y otros países europeos.

El fenómeno se repite, aunque en este caso la diferencia es de unos veinte puntos, cuando se pregunta a españoles, británicos, franceses, italianos y alemanes, si las

Macs, CDs de Britney Spears y DVDs de Tom Cruise, son los más antiamericanos. Como se dice en *Foreign Policy*, enero/febrero 2003, p. 21, eso ya le ocurrió al imperio británico, y hoy día los manifestantes antiglobalización visten pantalones Gap y zapatillas Nike. La respuesta a la aparente paradoja es que el *soft power* (que tanto atrae a los autores del BRIE) es, eso, *soft*.

⁶¹ Comparo los datos de BRIE diciembre 2002, ya que el BRIE junio 2003, donde el rechazo español asciende al 69%, no aporta datos de otros países.

diferencias que hay entre sus países y Estados Unidos se deben a que tienen valores distintos o a que siguen políticas distintas⁶². Para el 47% de los españoles, sus diferencias con Estados Unidos obedecen a que sus valores son distintos a los de ese país, y solo el 37%, frente a un 55% de la media de británicos, franceses, italianos y alemanes, las atribuyen a políticas distintas. Teniendo en cuenta que valores e historia están íntimamente relacionados, se diría que en este tipo de diferencias se hacen presentes *los posos de la historia* adversos a Estados Unidos que existen en las percepciones de los españoles y no en las de otros europeos.

Dicho lo anterior, cabe añadir que si las respuestas a algunas preguntas conllevan una componente histórica, no es menos cierto que también tienen otra coyuntural, y esto permite dar otro paso en la evaluación de coincidencia y diferencias entre percepciones españolas y europeas. Una encuesta realizada en otoño-invierno de 2002 y repetida en marzo de 2003, en vísperas del ataque estadounidense a Irak sin autorización de Naciones Unidas⁶³, muestra un descenso de treinta puntos en el grado de aceptación de Estados Unidos, haciéndolo bajar entre los británicos del 75% al 48%, entre los franceses del 65% al 31%, entre los italianos del 70% al 34% y entre los alemanes 61% al 25%. En España descendió hasta el 14%. Lo significativo de estos resultados es el hecho de que los europeos que meses antes habían “aprobado” el comportamiento de Estados Unidos mientras España lo rechazaba, coincidían ahora con España en rechazarlo. Europa se había acercado a España, en lugar de España a Europa. De seguir practicando Estados Unidos de manera prolongada políticas semejantes a la que está siguiendo en Irak, ese cambio podría consolidarse⁶⁴.

Percepción estadounidense de España

No disponemos de datos que permitan completar el análisis cuantitativo anterior de las percepciones españolas sobre Estados Unidos con otro equivalente de las percepciones estadounidenses sobre España. Lo que más se aproxima a ello son las observaciones de Joaquín Roy sobre el tratamiento de España en la prensa estadounidense durante e inmediatamente después de la invasión de Irak⁶⁵. Su conclusión principal es que “la inmensa mayoría de los comentaristas estadounidenses prestó apenas atención al decidido apoyo del gobierno español a la política de los Estados Unidos frente a Irak”. Su evaluación destaca que la presencia del nombre del presidente del gobierno español en los despachos de prensa y en los telediarios, durante los meses de febrero y sobre todo en marzo, y la mención al estatus de España como miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, no se vio acompañada por análisis al respecto y apenas paliada por un número reducido de entrevistas. Esta práctica unánimemente antes de la apertura de las hostilidades, concluye “se vio confirmada con más contundencia cuando comenzó la guerra, al comprobarse la carencia de medios militares con los que España pudiera respaldar su apoyo político”.

Roy no espera que el alineamiento del gobierno Aznar con la administración Bush vaya a alterar la percepción popular de España en Estados Unidos ya que su estudio de medios indica que se ha presentado de forma superficial y circunstancial y no ha alterado “la ausencia de imagen española (ni buena ni mala) en los Estados Unidos más allá del estereotipo folclórico”. En cuanto a posibles consecuencias ulteriores, tampoco considera que tengan capacidad de superar la “autocomplacencia de la

⁶² BRIE marzo 2003, p. 25 y 32

⁶³ BRIE marzo 2003, p. 30

⁶⁴ Es una lástima que en la edición del BRIE junio 2003 no figuren datos a este respecto de la encuesta de *Pew Global Attitudes Project* de mayo de 2003, a la que sin embargo hacen referencia en la página 11.

⁶⁵ Joaquín Roy, *España ante la opinión pública de Estados Unidos: ¿del aislamiento y la indiferencia a la influencia y fascinación?* Manuscrito.

opinión pública norteamericana y su ensimismamiento, a no ser que su atención sea capturada por algún hecho que incida fundamentalmente en su cotidianidad”.

Observa, sin embargo, que en vísperas de la guerra contra Irak “la opinión pública norteamericana descubrió que el presidente Aznar se constituía en líder del respaldo europeo a Bush”, lo que no puede menos que haber intrigado a los especialistas. Entre estos apunta que, mientras algunos opinan que, al final, este episodio se revelará como un ejercicio de retórica política pues, dadas las limitaciones militares y económicas de España, no se verá correspondido de manera equivalente en el terreno práctico, otros ven un intento de acabar definitivamente con la actitud crítica respecto de Estados Unidos de aquellos sectores conservadores españoles que aún recuerdan la guerra del 98.

¿Dónde estamos?

Buscando el sentido de todo lo anterior cabe decir que:

1) Las percepciones españolas de Estados Unidos están, más o menos, donde estaban hace 25 años: entre los españoles siguen dominando las percepciones negativas, en particular que España no es tenida en cuenta y que los vínculos militares con Estados Unidos más que seguridad generan riesgos, así como que Estados Unidos actúa internacionalmente de manera injusta. Los españoles rechazan decididamente el liderazgo estadounidense. En cuanto a la sociedad estadounidense, los españoles siguen admirando su ciencia y tecnología así como su música y cine, pero su visión sobre la democracia de Estados Unidos y sobre la manera en que allí se maneja la economía es también negativa.

2) Por lo que se refiere a la percepción de España por la opinión pública de Estados Unidos, las cosas tampoco han cambiado. La imagen de España, más allá de los estereotipos tradicionales, sigue siendo débil y distorsionada por la confusión entre lo español y lo hispano. Pese a que en los pasados 25 años España ha creado una democracia avanzada y descentralizada, el tradicional desinterés estadounidense por lo que ocurre fuera y no le afecta de manera directa, no ha dado lugar todavía a una nueva y más favorable percepción de España. A esto se ha podido sumar un escaso esfuerzo de España por divulgar sus opiniones y posiciones en Estados Unidos. Se diría que la latente tendencia al olvido mutuo continúa actuando.

3) Esto indica que las posibilidades de mejora de las percepciones mutuas que se abrieron con la transición no han sido aprovechadas. En parte, por la tendencia recíproca a ignorarse, pero probablemente también porque el comportamiento internacional de España durante ese tiempo no ha gustado en Washington, ni el de Washington en España.

4) Con el respaldo mayoritario y estable de los españoles, el comportamiento internacional de España en el último cuarto de siglo (hasta 2003) ha estado orientado a la construcción de una Unión Europea más amplia, integrada e independiente de Estados Unidos y, en términos nacionales, a asentar la autonomía de la política exterior española en Latinoamérica y Oriente Medio. Respecto al periodo franquista, todo esto ha supuesto un cambio profundo del que los españoles se muestran satisfechos al tiempo que perciben que la respuesta de Washington a ese cambio ha sido negativa.

5) Esta percepción no carece de fundamento ya que la política exterior de la democracia española se ha caracterizado por afirmar un concepto propio de seguridad, por llevar a cabo sus propias evaluaciones de las amenazas y por dejar claro que la solidaridad entre aliados sólo puede fundarse en la voluntariedad y nunca en la subordinación, lo que en algunos casos le ha llevado a discrepar de Estados Unidos. Tal pauta de comportamiento, si bien pudo resultar compatible con la política exterior de Clinton⁶⁶, contrasta abiertamente con la actitud de la administración Bush

⁶⁶ Indicios de ello pueden apreciarse en la serie que ofrece INCIPE p.99

hijo, basada en la idea “conmigo o contra mí”, y esto ha sido percibido claramente por una mayoría de españoles.

6) Esta percepción también es compartida por otros europeos pero entre los españoles, quizá, ha activado los posos históricos negativos de las relaciones entre España y Estados Unidos, llevándoles a manifestar niveles de rechazo del liderazgo americano y de desconfianza respecto a Estados Unidos superiores a los que existen en otros países europeos.

¿Adónde vamos?

Si todo lo anterior reza para una mayoría de españoles, también hay una minoría para la que no es así. El BRIE⁶⁷ ofrece datos para caracterizar a esa minoría; en concreto dice que está sesgada políticamente hacia la derecha y socialmente hacia la gente de mayor edad y menores estudios, mientras que el sesgo de la mayoría es el inverso, es decir, hacia la izquierda, los jóvenes y las personas con más estudios. En este sentido, indica que la valoración positiva de Estados Unidos entre las personas de izquierda se sitúa en el 10% mientras que entre las de derecha alcanza el 40%; en cuanto a la deseabilidad del liderazgo estadounidense, entre las gentes de izquierda se limita al 8%, mientras que entre las de derechas alcanza el 50%.

En resumen, una mayoría de españoles, en la que predominan las personas de izquierda, las más jóvenes y las más formadas, tiene una percepción negativa de Estados Unidos, mientras que la positiva se da en una minoría en la que dominan las personas de derechas, mayores y con menos formación. Los abundantes datos que ofrece el BRIE permiten estimar que la mayoría citada incluye más del 60% de los españoles, mientras que la minoría no llega al 30%⁶⁸.

¿Cabe esperar que esa minoría se amplíe? Confirmando lo que hemos visto sobre la evolución de las percepciones de los españoles durante los últimos 25 años, los datos del último BRIE dejan claro que será muy difícil que así ocurra mientras la administración de Estados Unidos no cambie aspectos esenciales de su política actual. En efecto, el BRIE⁶⁹ sondea a los españoles sobre cuestiones como el unilateralismo, la injerencia y la imposición de la democracia por la fuerza. El 80% de los españoles rechaza los ataques unilaterales llevados a cabo sin respaldo de los organismos internacionales y, aunque las personas de derechas los justifican más, solo lo hace el 17% (frente a un 4% de las de izquierdas). La mayoría de los españoles solo justifica la injerencia violenta en otro país en casos de genocidio (un 53% lo justifica) y una minoría (el 43%) en caso de posesión de armas de destrucción masiva, y aunque las personas de derecha justifiquen más la injerencia en el segundo caso que el primero no justifican ninguno mayoritariamente⁷⁰. El 77% de los españoles considera ilegítimo que un país imponga a otro la democracia por la fuerza y opta por un cambio pacífico aunque resulte más lento; las personas de izquierdas lo justifican menos (13%) que las de derechas pero incluso entre éstas sólo lo hace un 23%.

El choque de estas actitudes de los españoles en general y, lo que aquí interesa, también de los españoles de derechas con los planteamientos de la administración Bush que se manifiesta dispuesta a llevar a cabo intervenciones militares unilaterales contra países que poseen armas de destrucción masiva y para provocar cambios de

⁶⁷ BRIE junio 2003, pp. 11-12

⁶⁸ Esta es una estimación generosa para la minoría hecha suponiendo que hay un 10% de indefinidos. Un cálculo más ajustado al número de indefinidos que muestran las encuestas (entre el 6 y el 8%), ofrece el resultado de una mayoría entre el 72 y el 69% y una minoría entre el 20 y el 23%.

⁶⁹ BRIE junio 2003, pp. 18, 20 y 22.

⁷⁰ Este dato no es preciso porque el desglose que ofrece el BRIE junio 2003, p. 19, se refiere a una medición fuerte en la que se preguntaba sobre el caso que más la podría justificar.

régimen que den paso a la democracia, es manifiesto. Más aún, el BRIE⁷¹ también indica que la decisión del gobierno Aznar de alinearse con la administración Bush para llevar a cabo la invasión de Irak, a juicio del 62% de los españoles se ha traducido en un empeoramiento de la imagen de España, mientras que solo un 15% cree que la ha mejorado. El BRIE no desglosa este dato entre izquierda y derecha, pero aunque ese 15% estuviera formado íntegramente por personas de derechas no llegarían a ser ni la mitad del total de los españoles de derechas.

¿Qué sentido cabe atribuir entonces a esa decisión? La pregunta es inevitable, pero responderla no es objeto de este estudio. Ahora bien, aunque no la motivación, lo que sí cabe apuntar con los datos del BRIE⁷² son las consecuencias que la decisión ha tenido. Como ya se ha dicho, entre febrero y mayo de 2003 la valoración positiva de Estados Unidos entre los españoles desciende del 39% al 33% con la particularidad de que todo el descenso se produce entre las personas de izquierdas. Algo parecido pasa con la indeseabilidad del liderazgo estadounidense que asciende de 62% al 69%, mediante un aumento del 78% al 90% entre las personas de izquierda y de un descenso de 46% al 38% entre las de derechas. En pocas palabras se puede decir que el alineamiento del gobierno Aznar con la administración Bush en la invasión de Irak ha tenido como consecuencia una americanización de la derecha española y una europeización de la izquierda⁷³, es decir, ha reforzado la polarización ideológica de la población española respecto a aspectos centrales de la política exterior del país.

Este resultado, si se consolida, está llamado a tener efectos políticos de todo tipo entre los que aquí sólo destacaremos uno. Si bien una americanización de la derecha puede facilitar al presidente Aznar el desarrollo de una política de alineamiento con la administración Bush (solo relativamente, ya que las gentes de derechas americanizadas es menos de la mitad de la derecha), la europeización de la izquierda hará imposible que esa política exterior obtenga respaldo nacional. Y con esto justificamos ahora una afirmación realizada en la primera página del presente trabajo: por bueno que sea el entendimiento con el gobierno estadounidense, mientras la actitud del gobierno español sea rechazada por la mayoría de los españoles, España se encontrará en una posición de debilidad ante Estados Unidos y el gobierno de Washington, en el fondo, no podrá confiar en el de Madrid.

Carlos Alonso Zaldívar
diplomático

Referencias

- Adams, John Quincy. *The writings of John Quincy Adams*, ed. Ford, New York 1913-1917.
- Alonso Zaldívar, Carlos. "España y Estados Unidos", *Anuario CIDOB* 1989, Barcelona 1990.
- Alvarez Junco, J. "España: el peso del estereotipo", *Claves de la razón práctica*, n. 48, Madrid 1994.

⁷¹ BRIE junio 2003, p. 34

⁷² BRIE junio 2003, pp. 11-12.

⁷³ El BRIE llega a la conclusión siguiente: "Las personas de izquierda se han vuelto más europeístas y más antiamericanas. Las personas de derecha mantienen el europeísmo pero se han vuelto más proamericanas", p. 10. Aunque no es contradictoria con la que aquí se formula, no acogemos la frase citada porque al equiparar el rechazo de la actual política exterior de Estados Unidos no puede equipararse con "antiamericanismo"; como tampoco fue "antiamericanismo" oponerse a la política de Nixon en Vietnam (algo que hizo Clinton) o a la de Reagan en Nicaragua (algo que *de facto* hizo Bush padre).

- Azcárate, Manuel. "La percepción española de Estados Unidos", *Leviatán*, n. 33, Madrid 1988.
- Baker, James. *A New Europe and a New Atlanticism: Architecture for a New Era*, 12 de diciembre de 1989, Berlín.
- Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), *Actitudes y opiniones de los españoles ante las Relaciones Internacionales*, Madrid 1987.
- CIDOB, *Anuario Internacional CIDOB 2001*, Barcelona 2002.
- Chomsky, Noam. *The Manufacture of Consent*, conferencia en Boston, 1984, y *The Backroom Boys*, Pantheon Books, Nueva York, 1973.
- Del Campo, S y Camacho, J.M. *Informe INCIPE 2003*, Madrid 2003.
- Kissinger, Henry, *Does America needs a Foreign Policy. Towards a Diplomacy for the 21th Century*, Simon and Schuster, New York, 2001.
- Ferguson, Niall, "Power", *Foreign Policy*, enero/febrero 2003.
- Lewis, Flora. *Europe*, Simon & Schuster, New York, 1987.
- LaFeber, Walter. *The American Age*, WW Norton and Company, New York 1989 y segunda edición 1994.
- Malagón, Javier. "España en los Estados Unidos", *Encuentro con América*, Herder, Barcelona, 1988.
- Ministerio de Asuntos Exteriores, *Convenio entre el Reino de España y los Estados Unidos de América sobre Cooperación para la Defensa*, Madrid, 1989.
- Noya, Javier. *La imagen de España en el exterior. Estado de la cuestión*, Real Instituto Elcano, Madrid 2002.
- Pratt, Julius W. *Essays in Honor of William E. Dodd*, ed. Avery Graven, Chicago, 1935.
- Real Instituto Elcano, *Barómetro de diciembre de 2002*, Madrid 2002.
- Real Instituto Elcano, *Barómetro de marzo de 2003*, Madrid 2003.
- Real Instituto Elcano, *Barómetro de junio de 2003*, Madrid 2003.
- Roger, Phillipe. *L'ennemie américain. Généalogie de l'antiaméricanisme français*, Éditions du Seuil, Paris, 2002
- Roy, Joaquín. *España ante la opinión pública de Estados Unidos: ¿del aislamiento y la indiferencia a la influencia y fascinación?*, Manuscrito. Miami, 2003.
- Rubottom and Carter, *Spain and the United States*, Praeger, New York, 1984
- Said, Edward W. *Orientalism. Western Conceptions of the Orient*. Penguin Books, Londres, 1995.
- Sánchez, Joseph P.. "The Spanish Black Legend: Origins of Antihispanic Stereotypes", *Encounters*, núm.I, 1989.
- Seco Serrano, Carlos. "Política Exterior", *Carlos III y la Ilustración*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.
- *The Federalist Papers*, ed. Rossirer. Mentor, New York, 1961.
- *The Record of American Diplomacy*, ed. Barlerr, 4th ed., New York, 1964.